

La Ilustración Artística

AÑO XX

BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1901

Núm. 1.016



LA ORACIÓN DE UNA MADRE, cuadro de Sergeant Kendall



NIÑOS EN EL BOSQUE, cuadro de Frank W. Benson



En la quinta, cuadro de José Masiera. (Salón Robira, calle de Escudillers.)

Reproducción autorizada

ADVERTENCIA

Con el próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el segundo tomo correspondiente á la serie del presente año, que será el segundo y último de la notable é interesante obra de Gustavo Le Bon LAS CIVILIZACIONES DE LA INDIA, ilustrado con profusión de grabados que representan monumentos, tipos, costumbres, etc.

SUMARIO

Texto. — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La condesa de Mery*, por Juan B. Enseñat. — *El abrevadero de mis amores*, por Rafael Ruiz López. — *Aniversario de la conquista de la Gran Canaria. Fiestas en Las Palmas. La batalla de flores*, por X. — *Nuestros grabados.* — *Necrología.* — *Problema de ajedrez.* — *El fantasma*, novela escrita en francés por Pablo Bourget (continuación). — *Méjico. Ferrocarril de Méjico á Cuernavaca y el Pacífico, ó el Gran Pacífico*, por S. — *Cañón contra el granizo*, por X.

Grabados. — *La oración de una madre*, cuadro de Sergeant Kendall. — *Niños en el bosque*, cuadro de Frank W. Benson. — *En la quinta*, cuadro de José Masriera. — Dibujo de Cabrinety que ilustra el artículo titulado *La condesa de Mery*. — Grupo de seis grabados que representan los juguetes fabricados por los prisioneros boers de Simon's Town y expuestos en la Exposición Naval y Militar recientemente celebrada en el Palacio de Cristal de Londres. — *El abrevadero*, cuadro de M. Obiols y Delgado. — *Por allí viene*, cuadro de Constantino Korowin. — *Las Palmas. Carroza del casino «Gabinete Literario» proyectada por Néstor Martín y premiada con el primer premio en la batalla de flores. Trozo de fachada del edificio que obtuvo el primer premio en la batalla de flores. La calle Mayor de Triana durante la batalla de flores.* — *Muerte de Carlos V*, cuadro de C. P. Torriglio. — *Santa Casilda*, cuadro de J. Nogaes. — *Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Rosa Bonheur*, obra de Hipólito Peyrol é Isidoro Bonheur (escultores) y de Jacob (arquitecto). — *Las hermanas Radica y Daodica, unidas entre sí, y el príncipe Colibrí, el hombre más pequeño del mundo, que actualmente se exhiben en el Salón Teatro Moderno de Barcelona.* — *Palacio de Cortés en Cuernavaca y Estación de Tres Marias, en el ferrocarril del Gran Pacífico.* — *Cañón contra el granizo y formación del toro.* — *Hermanos, sálvese quien pueda!*, cuadro de J. García Ramos.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Méjico: el Yucatán y la guerra de los mayas. — Los alemanes en la América española: recelos de los yanquis. — *Ecuador:* la Comisión geodésica francesa; situación interior del país. — *Perú:* sus progresos y estado actual: explotación de sus riquezas. — *Paraguay y Bolivia:* el Chaco Boreal.

El 4 de mayo último las fuerzas mejicanas ocuparon el cuartel general y ciudad sagrada de los rebeldes mayas, Chansantacruz, y se preparaban para apoderarse de los sembrados y praderas de los indios hacia el lado del mar Caribe.

Son estos mayas los descendientes de una de las grandes naciones que vivían en la península del Yucatán cuando corrieron su costa é invadieron el país las gentes de Grijalva y Hernán Cortés.

Primera tierra que recibió el nombre de Nueva España, por sus dilatadas llanuras avanzaron hacia Tabasco los soldados y aventureros españoles que, internándose después en los dominios aztecas, dejaron atrás, no bien dominados, á indios valerosos y amantes de su independencia que aún tenían memoria de pasadas grandezas, de las que daban y dan testimonio restos de antiguas construcciones, cuyas imponentes ruinas son hoy mismo la admiración de los arqueólogos. Allí están el famoso castillo y los preciosos relieves y esculturas de Chichén-Itzá, los palacios de Uxmal y las pirámides de Izamal, páginas elocuentes de la historia y la civilización precolumbinas en el Nuevo Mundo.

Y aquella tierra á que los nuestros dieron el nombre de la suya es, después de cuatro siglos, la menos española y la más americana de Méjico, porque esos mayas conservan las tradiciones y las cualidades de la raza; belicosos y astutos, son aún los «valientes indios» de que hablan los historiadores del siglo XVI, los que tanto resistieron á Francisco de Montejo y los que, maestros entonces como ahora en la guerra de emboscadas, se fraccionan y huyen cuando no pueden vencer, y preparan sorpresas tan temidas de sus enemigos que, para evitarlas, las tropas federales han adiestrado á inteligentes perros, y de ellos se han servido como exploradores, y con buen éxito, en la presente campaña.

Más de cincuenta años hace que viven los mayas en guerra; el presidente Díaz se ha propuesto someterlos, varias columnas los van cercando desde el interior hacia la costa, sus principales plazas han caído en poder de aquéllas, y ya parece probable la completa pacificación del Yucatán, cuyos progresos

ha paralizado esa larga contienda con los tenaces indios.

* *

Preocupa ya á los yanquis el rápido desarrollo que toman las empresas alemanas en la América española.

Según datos recogidos por el vicecónsul de los Estados Unidos en Francfort, el capital alemán empleado en la explotación de varios negocios en Centro-América asciende á sesenta millones de pesos, setecientos cuarenta mil acres de terreno son plantaciones alemanas, y el tráfico y las comunicaciones entre Alemania y la América central están en poder de compañías marítimas germánicas.

Un crucero de la marina imperial se ha pasado más de dos meses en aguas de Venezuela, ha levantado planos de la isla Margarita y hecho sondeos en sus costas; comerciantes alemanes establecidos en dicha República solicitan concesiones de terrenos en aquella isla, y se dice que la mejor bahía de ésta es ó va á ser estación carbonera de Alemania en el mar de las Antillas, por virtud de tratado secreto entre el gobierno de Berlín y el presidente Castro, de cuyos arrestos frente á los yanquis acaso den razón esos pactos ó inteligencias con los alemanes.

En Bolivia, el comercio con Alemania adquiere de día en día mayor desarrollo. Casi la mitad de la total importación en la República es de productos alemanes, gracias al servicio regular que hacen entre Hamburgo y el Pacífico importantes compañías de navegación, y al perseverante trabajo y hábil propaganda de casas alemanas establecidas en el país, cuyos representantes forman parte de las Cámaras ó instituciones de comercio bolivianas.

A la vez aumentan las colonias de alemanes en varias Repúblicas sudamericanas, sobre todo en el Brasil, donde hay en el interior territorios que por la población, el idioma y las costumbres de sus habitantes son más germanos que brasileños.

La prensa yanqui, especialmente los periódicos que defienden la política imperialista y de dominación económica en América, se revuelve airada contra Alemania y aprovecha toda ocasión de zaherir á su gobierno y á su emperador. Y á tal extremo lleva su agresivo lenguaje, que el embajador alemán en Washington ha llamado la atención del ministro de Relaciones exteriores de la República sobre los inconvenientes que la actitud de esa prensa ofrecía para el mantenimiento de la buena amistad entre ambos Estados.

* *

Francia cumple en estos momentos una misión importantísima en territorio americano. No es empresa mercantil ó industrial, como las de yanquis y alemanes, sino tarea científica, puesto que se trata de rectificar los trabajos que en el siglo XVIII se hicieron para medir un arco de meridiano.

El gobierno del Ecuador concedió 20.000 sucres para auxiliar los estudios de la Comisión geodésica francesa, y dos de los individuos de ésta, los capitanes Mourain y Lallemand, se ocupan en instalar un pequeño observatorio sobre el monte Panecillo, cerro situado en el extremo Sur de la ciudad de Quito, y puestos ó estaciones de señales en el Pichincha y en las alturas de Pampamarca, del Corazón y otras. Cálculase que hacia el mes de agosto se hallarán ya dispuestas todas las instalaciones, y tendidas las nuevas líneas telegráficas que se consideran indispensables para la mayor exactitud y consiguiente perfección de los trabajos.

La situación interior del Ecuador mejora. Los partidos extremos, liberales y clericales, transigen; conferencian el gobierno y el delegado apostólico, y éste anuncia á los prelados que se han restablecido las relaciones entre la Iglesia y el Estado, prohíbe al clero que tome parte activa en la política del país y le recuerda que su principal misión es procurar la paz y la concordia entre todos los ecuatorianos.

La confianza que inspira el nuevo estado de cosas que por ahora pone fin á la histórica lucha entre los bandos clerical y militar, alienta á los capitalistas del país y extranjeros para emprender obras de utilidad pública. Van á construirse un muelle y nuevo edificio para aduana en Guayaquil y un ferrocarril de Quito á la costa, mediante el cual en veinticuatro horas podrá hacerse el viaje entre el Pacífico y la capital de la República. El concesionario de este ferrocarril es un francés.

* *

Un informe oficial de nuestro cónsul en el Callao, publicado en la *Gaceta de Madrid*, nos da idea muy

exacta de los progresos del Perú en los últimos años del pasado siglo, y de su situación presente. Ciertamente que no se encuentra aún á la altura de su legendaria reputación, ni con aquella exuberancia de riquezas que dió fama á esta República en el mercado universal. La guerra con Chile casi la aniquiló; perdió el salitre de Tarapacá y quedaron destruídas las demás fuentes de riqueza del país, viniendo como consecuencias naturales é inmediatas la quiebra de cinco bancos de crédito, la extinción del billete fiscal, del papel moneda, que dejó sin valor ni curso legal á más de 80 millones de soles de plata (ocho millones de libras esterlinas), la depreciación de la propiedad, y con todo ello la ruina de la agricultura y de las industrias.

Pero ahora, dominadas esas destructoras causas, el Perú se repone rápidamente, como lo demuestran las cifras de su comercio general que en 1900 pasó de 80 millones de pesos, y el aumento de las rentas públicas, habiéndose casi duplicado los ingresos en seis años, puesto que eran aquéllos poco más de siete millones de soles en 1894 y han llegado á muy cerca de 14 millones en 1900. En ocho años los valles de la provincia de Trujillo han triplicado su producción de azúcar. Los productos de las minas pasan de 15 millones, de los que más de la mitad corresponden á la plata.

Por esto, los capitales extranjeros afluyen ya hacia el Perú. Un sindicato constituido en Londres aporta 350.000 libras esterlinas para explotar minas; otra compañía inglesa ofrece 200.000 libras por 300 minas del Cerro de Pasco; en París se funda una sociedad para explotar azufre, petróleo, grafito y otros minerales en el distrito de Sechura. Y los informes del explorador Conway, que ha poco regresó á la capital de Inglaterra, estimulan y avivan la codicia de los aficionados á negocios mineros, pues cuenta que ha visto yacimientos y arenas tan ricos en oro, que pueden competir con los criaderos del Transvaal y de Alaska.

Como en Bolivia, otro producto que atrae preferentemente á industriales y capitalistas es el caucho, y son varias las concesiones ya otorgadas para explotar las zonas en que abundan los árboles gomeros.

Y como el desarrollo de las empresas mineras y agrícolas depende en gran parte de la facilidad de las comunicaciones para transportar los productos que se beneficien, créanse también nuevas compañías de navegación en la costa del Pacífico, que el gobierno peruano favorece y aun se propone subvencionar para obtener la baja de fletes y pasajes entre sus puertos y los de Chile, Ecuador y Colombia, y principalmente con Panamá. Este puerto y Valparaíso son los dos extremos de la línea de vapores que organiza ahora un sindicato inglés.

Alemanes, yanquis, ingleses, franceses llevan á la América española sus iniciativas mercantiles y sus aptitudes industriales, avaloradas con el capital necesario para fomentar la riqueza pública. Nosotros, por desgracia, no tomamos parte directa en esas empresas que tanto contribuyen al engrandecimiento y prosperidad de los Estados hispano-americanos.

* *

Tiempo hace que el Paraguay y Bolivia tienen en litigio la soberanía del Chaco Boreal. En folleto que acaba de publicar la Sociedad Geográfica de la Paz, su presidente el Sr. Ballivián recuerda que Bolivia no hizo valer á tiempo su derecho á ese territorio, cuando el Paraguay y la República Argentina se disputaban el dominio de la Villa Occidental, y sometida la solución de la contienda al fallo del presidente de los Estados Unidos del Norte de América, se adjudicó á la primera de las citadas Repúblicas la dicha Villa, desde entonces conocida con el nombre del juez árbitro, Mr. Hayes. La consagración de este hecho hizo arraigar aún más en el ánimo de los gobernantes del Paraguay el deseo de extender su dominio á ese Chaco, que designan con el nombre de «Paraguay occidental.»

Para resolver el conflicto, Bolivia ha enviado al Paraguay nueva legación, encomendada al doctor D. Antonio Quijarro. Confiamos en que estas diferencias han de arreglarse amistosamente, porque hasta ahora, como decía el paraguayo Sr. Benites, las reclamaciones de Bolivia «no están apoyadas en ejércitos ni en escuadras que puedan hacer oír los estampidos de los cañones, acallando la voz de la razón... la voz de los cañones puede establecer conveniencias, pero jamás derechos; y sabido es que las conveniencias que la voz del cañón establece, la misma voz del cañón las puede destruir.»

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Esperar á Eduardo á la portezuela del parque

LA CONDESA DE MERY

Era en plena canícula. Hacía un mes que yo vegetaba en el valle de Aulnay, que es una de las comarcas más hermosas de las inmediaciones de París, cuando recibí la siguiente carta:

Castillo de Verrières, 6 de agosto...

«Mi estimado amigo: Somos vecinos *per accidens* desde hace una semana, y faltaría usted á todas las conveniencias sociales si no viniese á ofrecerme sus respetos.

»La familia Dyon, que usted ha conocido en mi casa y en cuya quinta he venido á pasar un mes, se alegrará también de su visita.

»Le envía, mientras tanto, un apretón de mano su leal amiga

»JUANA DE G...»

La autora de esta lacónica y afectuosa carta era una joven señora, dotada de todas las virtudes, de todo el talento y de toda la gracia que pueda reunir una mujer. Su marido era un abogado de reputación, excelente amigo mío.

A la tarde siguiente fuí al castillo de Verrières, y la familia Dyon, compuesta del matrimonio y de su hija Elena, me dispensó una afectuosa acogida.

La tarde era apacible y hermosa, y la hija de la casa, muy aficionada á la equitación, propuso un paseo á caballo, que fué aceptado por unanimidad.

D. Edmundo y su señora prefirieron, sin embargo, quedarse á la sombra de los copudos castaños de su parque.

En un santiamén, la bella Elena y doña Juana cambiaron sus vestidos por trajes de amazona, mientras se ensillaban sus caballos.

Diez minutos después, galopábamos por las alamedas del bosque de Verrières.

Bajamos al valle de Bièvre por una tortuosa senda, desde la cual se domina un hermoso paisaje.

Atravesamos el pueblo de Bièvre y el río que le da nombre, para retroceder luego hacia la carretera de Antony, del mismo Antony á que dió celebridad Alejandro Dumas, haciendo pasar en él la acción de la más notable de sus novelas.

Al dejar el río Bièvre á nuestras espaldas, nos internamos en un pequeño bosque que nos prometía agradable sombra.

De pronto me llamó la atención una casa solariega, ruinosa y abandonada, que divisamos entre los abetos del bosque, á poca distancia del camino.

Parecía una decoración de melodrama. El techo se hundía en varios sitios, y asomaban hierbas parásitas por entre las grietas de los muros.

La reja estaba cerrada, las ventanas también; corrían sabandijas por las paredes. En el patio crecían malvas y ortigas. Una parra y una enredadera, que se habían desprendido del muro, yacían por el suelo entre escombros.

Ni un pájaro, ni una voz humana, ni un solo ser

viviente animaba aquel ruinoso palacio, que parecía la mansión del silencio.

Doña Juana leyó en la expresión de mi rostro los pensamientos que se agolpaban á mi mente, y dijo, deteniendo su caballo delante de la reja:

— Estas ruinas evocan el recuerdo de una triste historia...

— Que va usted á referirme...

— En efecto.

— Pero andando, observó Elena, porque el sol declina y nos hallamos á dos leguas de casa.

Pusimos al paso nuestras cabalgaduras, y doña Juana refirió en los siguientes términos la historia cuyo recuerdo había evocado el ruinoso palacio.

* * *

No ha muchos años, el joven conde de Mery, propietario de esta finca, se casó con Gabriela de Launay. Nunca se vió pareja más feliz.

Sin embargo, en aquel cielo sin nubes, en aquella ternura tan sinceramente compartida, Gabriela ponía más pasión que el conde.

El amor, que dominaba al marido, absorbía á la mujer.

Gabriela hubiera querido que el conde no se ausentase de ella ni un momento. Pero los caballos, el casino, la caza, el juego, los amigos, desvían siempre en favor suyo una parte, grande ó pequeña, de lo que exigiría la realización del sueño más grato de las mujeres: el amor en el matrimonio.

Quando el conde se separaba de Gabriela por algunas horas, se sentía ésta presa de mortal angustia. Iba á esperarlo á la puertecita del parque, y á una distancia increíble, reconocía el galope de su caballo. Entonces le palpitaba el corazón con tal violencia, que tenía que apoyarse en el tronco de algún árbol ó dejarse caer en alguno de los bancos que adornaban las alamedas.

No era que estuviese celosa. ¡Su marido la amaba tanto! ¡El joven conde volvía al lado de su Gabriela tan risueño, con una sonrisa tan franca, con una voz tan dulce, con palabras tan tiernas!..

A pesar de todo, ella sentía, á veces, un vago malestar, una inquietud que bien podríamos llamar celos preventivos. Entonces decía á su esposo, con una sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos:

— ¡Ay, Eduardo mío! Si me engañases, si tuviese yo la simple sospecha de una infidelidad de tu parte, me moriría... Y luego..., la noche menos pensada..., mi espíritu volvería para decirte: ¡Eduardo de mi alma, te amo todavía..., pero no olvides que tú fuiste quien ocasionó mi muerte!..

El conde se reía de su exaltación y le sellaba la boca con un beso. Sin embargo, no podía evitar cierta turbación incomprensible.

La luna de miel de los condes de Mery duró tres años.

A últimos de abril de 1870, poco tiempo antes de nuestros desastres nacionales, la célebre Desclée al-

canzaba cada noche un triunfo en el teatro del Gymnase de París, representando el difícil papel de *Frou-Frou*. Todo el mundo iba á admirarla y aplaudirla.

Demasiado apasionada para ser débil, Gabriela cometió una enorme tontería; empezó por acompañar á su marido á las representaciones de *Frou-Frou*. La estación era apacible, las noches serenas. Los dos esposos tomaban el último tren de Sceaux, y de Sceaux regresaban en su coche á la quinta de Mery, bajo la protección de la luna y las estrellas.

Pero una noche pareció á Gabriela que Eduardo miraba á la actriz de un modo singular, y esto le causó tanto daño como si aquella mirada hubiese sido ya una traición. Desde entonces quejóse de que se sentía indispuesta, y anunció que no volvería al teatro.

Gabriela esperaba que su marido le diría:

— Pues me quedaré á tu lado.

Pero Eduardo no dijo nada de esto, y fué al teatro solo.

¿La Desclée inspiró al conde algo más que una veleidad de intriga amorosa ó un capricho de imaginación? Nada lo confirma, á pesar de las murmuraciones y de los anónimos que fueron á destruir por completo la ya turbada tranquilidad de Gabriela.

La Desclée iba á dar su beneficio, y el Jockey-Club, que había abonado á diario un palco proscenio, la obsequiaba con una cena de despedida.

La cena duró hasta las tres de la madrugada. El conde de Mery estaba sentado á la izquierda de la heroína. El perfume de las flores, el vino de Champagne y el entusiasmo de la fiesta lo embriagaron como á todo el mundo.

¿Qué hizo Gabriela durante aquella noche cruel? Lo que había hecho cien veces, en días de ventura y de confianza: esperar á Eduardo á la portezuela del parque.

Las horas pasaban lentamente. Entre doce y una se encapotó el cielo, y una lluvia fina y penetrante caló el capuchón y la bata de Gabriela, que de nada se daba cuenta. Presa de una pesadilla horrible, la joven se preguntaba con estupor qué era lo que la hacía temblar de aquel modo, y sentía arder su cabeza y helársele los pies.

A las cinco de la mañana, cuando Eduardo entró por aquella misma portezuela, tropezó con el inanimado cuerpo de su esposa, tendido en el suelo, á la inclemencia del frío y de la lluvia.

Gabriela no estaba muerta. Vivió aún cinco días; pero al recobrar sus sentidos, no había recobrado la razón, y en su locura repetía sin cesar:

— ¡Frou-Frou!.. ¡Frou-Frou!..

Estas fueron sus últimas palabras.

La desesperación del conde fué inmensa. Tres meses después, saludaba la guerra como un refugio, esperando encontrar en ella el único suicidio que puede imponerse un hombre pundonoroso.

Viósele en los sitios de más peligro, en lo más carnizado de las peleas, atacando al enemigo como

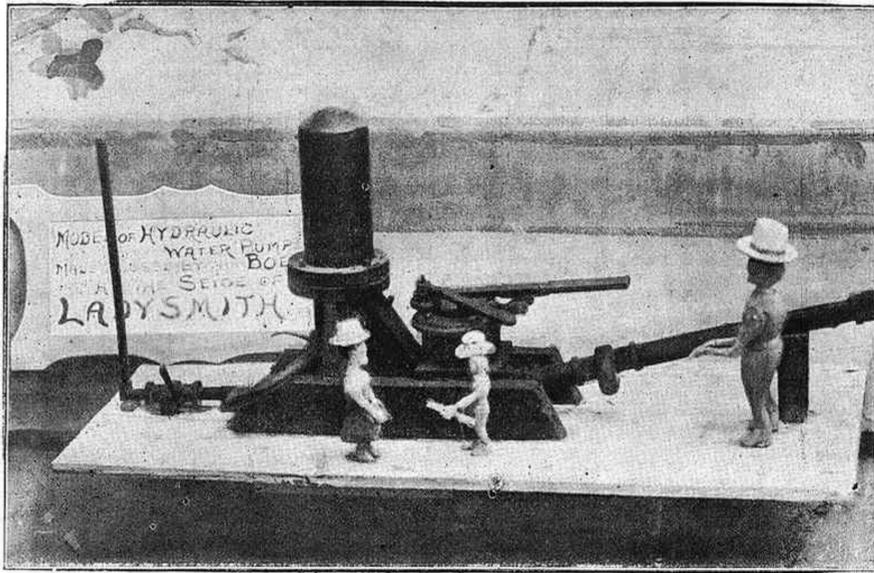
quien se embriaga con la idea de la muerte. Sin embargo, Eduardo salió ileso de la terrible campaña.

Volvió por la primavera. Los infortunios de la patria habían dado á su luto un aspecto más grave y más sombrío.

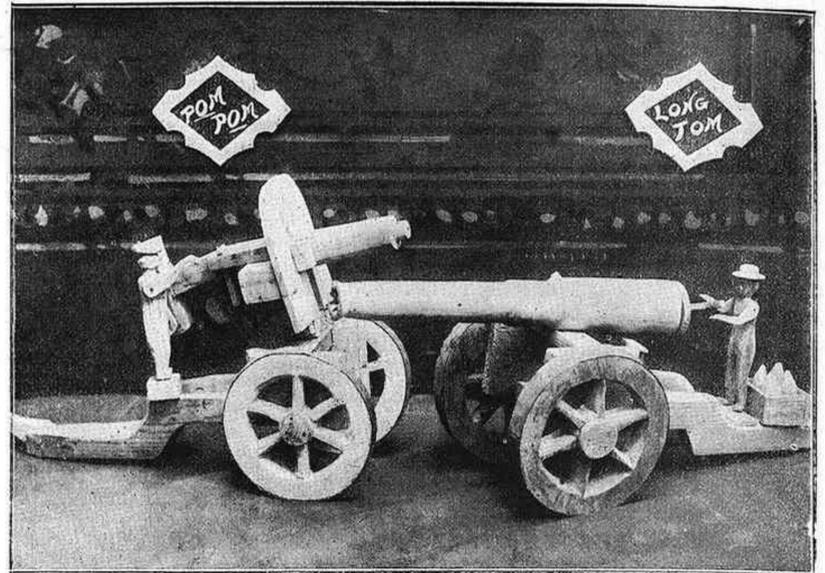
abrió, estando ya medio dormido, la puerta de comunicación. Después se echó en la cama y se durmió.

Despertó al cabo de una hora. El reloj de su chimenea daba las doce. Después que hubo vibrado la

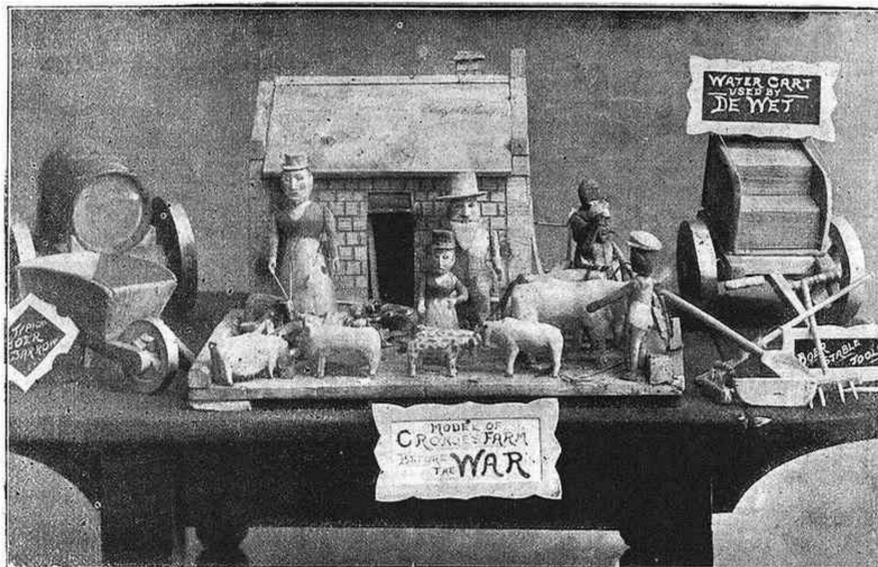
tró por aquella puerta que comunicaba con el antiguo cuarto de su mujer, y de pronto, una corriente de aire le apagó la luz; y Eduardo sintió en la frente y en los labios una cosa indefinible..., un soplo, una caricia, el contacto de un ala fría y sedosa, la muse-



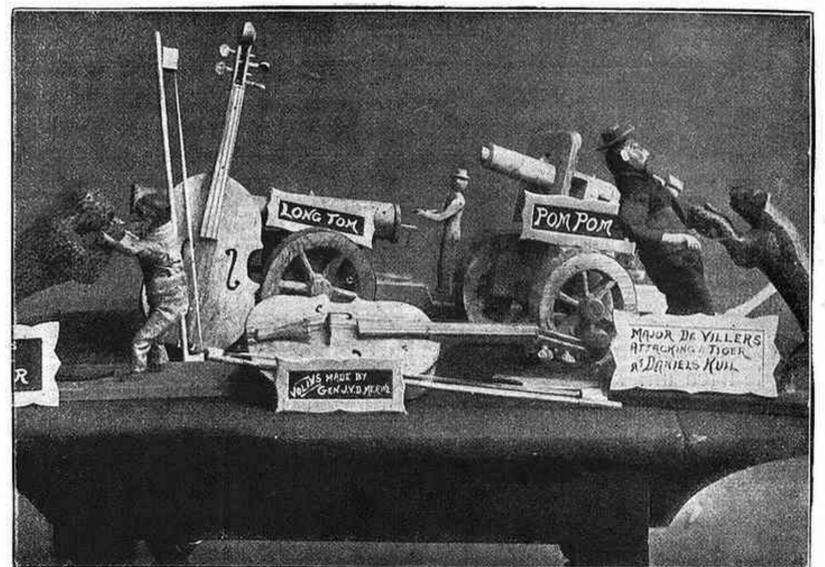
Modelo de bomba hidráulica boer empleada en Ladysmith



Los cañones «Pom-pom» y «Long Tom»



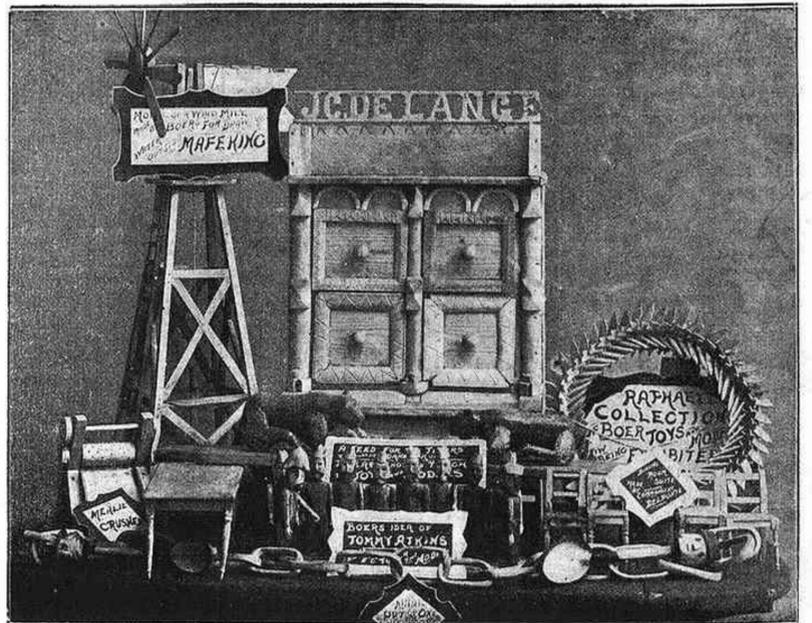
Modelo de la granja de Cronje antes de la guerra



Varios juguetes, entre ellos los violines fabricados por el general Van der Merwe.



La batalla de Stormberg



Molino de viento boer que funcionaba delante de Mafeking, y otros juguetes

JUGUETES FABRICADOS POR LOS PRISIONEROS BOERS DE SIMON'S TOWN Y EXPUESTOS EN LA EXPOSICIÓN NAVAL Y MILITAR RECIENTEMENTE CELEBRADA EN EL PALACIO DE CRISTAL DE LONDRES

En el mes de agosto del mismo año cogió una mañana la escopeta y se fué al monte, á fin de dominar con el cansancio la idea fija que le perseguía. Volvió á su casa al anochecer, leyó durante unas cuantas horas y se acostó á las once, esperando que al fin podría conciliar el sueño.

El cuarto de su mujer, contiguo al suyo, estaba rigurosamente cerrado desde la catástrofe. Aquella noche el calor era sofocante, y Eduardo, rendido de cansancio, se daba tan poca cuenta de sus actos, que

última campanada, Eduardo oyó ó le pareció oír en el cuarto vecino un ruido extraño, como si resonase en el aire la palabra ¡Frou-Frou!

El joven escuchó atentamente, con indecible ansiedad. Aquel ¡Frou-Frou! se alejaba y se aproximaba alternativamente, tan pronto desliziéndose por las cortinas, como rozando por el techo. Parecía al pobre alucinado que los cortinajes, los tapices y los sillones murmuraban el misterioso ¡Frou-Frou!

Saltó de la cama, encendió una palmatoria, pene-

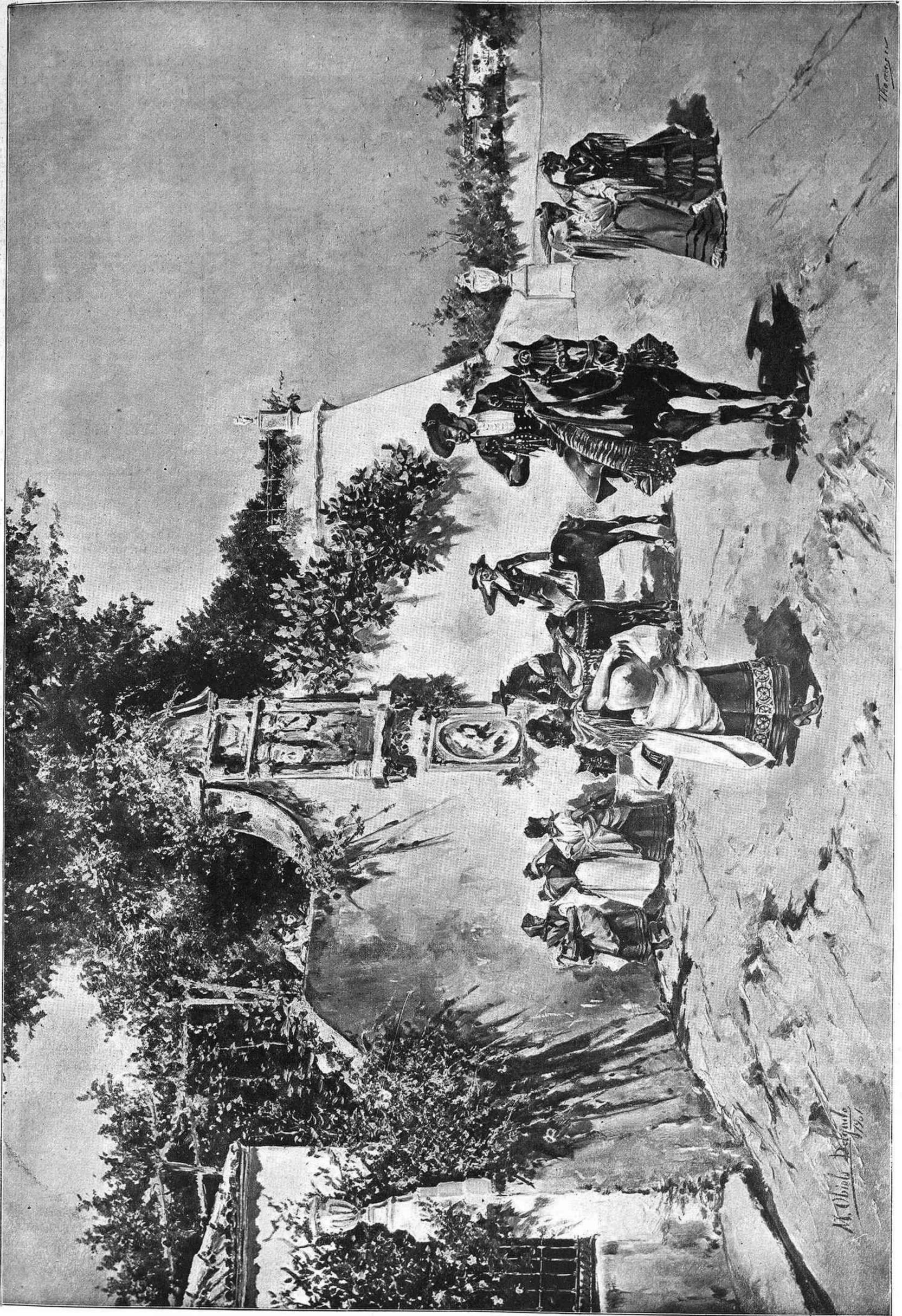
lina de una bata tal vez. Sobrecogido de espanto, cayó al suelo sin sentido. Al día siguiente estaba loco.

Después de haberle socorrido, los criados abrieron las ventanas y hallaron, medio oculto en los pliegues de una cortina, un murciélago espantado por la luz.

Doña Juana concluía su relato á tiempo que llegábamos al castillo de Verrières.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Cabrinety.)



EL ABBREVADERO, cuadro de M. Obiols y Delgado. (Véase el artículo de Rafael Ruiz López en la página siguiente.)



EL ABREVADERO DE MIS AMORES

El sol inunda la tierra brillando con esa blancura implacable que ofende la vista y hace encandilar los ojos; el calor sofoca; la naturaleza entona el vibrante y potente himno del mediodía; los ruidos del campo llegan á mis oídos entre oleadas de los perfumes mágicos de la acacia y del jazmín, que acarician los sentidos con dulzuras de madre... Sentado tranquilamente bajo el rústico emparrado, contemplo la naturaleza, pródiga y exuberante siempre, y lamento no poder acariciar tan admirable conjunto de perfecciones más que con la vista. La imaginación, caprichosa, me traslada á tiempos más felices, á los diez y seis años...

A esta misma hora, el abrevadero del pueblo, solitario durante la mañana, empezaba á animarse. Una de mis distracciones predilectas era colocarme cerca del pilar, á la sombra de los álamos, desde donde contemplaba el desfile de las mozas del pueblo que, con el cántaro á la cintura y moviendo airosamente el brazo que les quedaba libre, iban «á por agua» y á llenarse los oídos de los requiebros de los mozos que daban de beber á sus cansadas caballerías. A veces veíase el lugar animado por una pareja de chalanos que, caballeros en sus bien enjaezadas jacas, iban á la feria inmediata, y aprovechaban aquel momento para dar á sus monturas un rato de descanso y reposar ellos también á la sombra de los frondosos árboles que crecían, cerca de aquella fuente — única del pueblo, — lozanos y como agradeciendo las constantes caricias del agua.

Aquella nota abigarrada de vida y de sentimiento gustaba á mis ojos y alegraba mi espíritu. Y con frecuencia las chanzonetas intencionadas y la frescura de ingenio de aquella gente provocaban mi franca risa.

¡Ah, si yo hubiera sido pintor! ¡Cuántas veces habría trasladado al lienzo, con los vigorosos tonos de la verdad, aquel abrevadero, nota sonriente, rebosante de color, de movimiento y de vida, á pesar de lo cual no deja de tener cierta serenidad majestuosa y patriarcal que conmueve! Aquella morena entornando los ojos de gitana, rasgados y soñadores, haciendo servir la mano de pantalla para mirar hacia el camino por donde debe venir su bien amado; aquel majo que se limpia el sudor con el pañuelo, mientras echa mano á la petaca; la pareja de chalanos; el cansado y paciente burro que absorbe el agua con cierta negligente melancolía; las muchachas con el cántaro á la cintura; las frondosidades de á espaldas del abrevadero, donde la madre selva trepa sigilosamente por el robusto tronco del álamo de hojas verde y plata, formando un enredo compacto de perenne verdor que hace más fresca y más apacible la sombra... Todo aquello lo hubiera trasladado y hasta creo que lo trasladaría ahora de memoria al lienzo, con toda su alegría pintoresca, toda su fuerza, toda su poesía de bendito oasis...

Allí fué la primera explosión de mis juveniles amores: María, la hermosa virgen árabe de mis sueños, iba con su «cantarilla» que llenaba de agua fresca. No he visto en mi vida ojos como los suyos, ni cara más bonita, ni mayor esbeltez en un cuerpo... Presentábase á mi vista como nueva Samaritana que había de saciar mi sed. Le pedí agua, me entregó la cantarilla, y la miré atentamente, con descaro, quedando enredado ¡para siempre! en sus largas pestañas, y grabando su imagen imborrable en mi retina y en mi corazón.

¡Qué azoramiento el suyo cuando le dije que me iba á morir de pesar si sus ojos no me miraban con amor tan grande como el mío! Aunque me conocía, faltó poco para echar á correr abandonando el

cántaro en mis manos. Bajó la vista al suelo, y poniéndose muy encarnada, se fué sin decir palabra, de prisa, como una santa huyendo de la tentación.

Después... Lo de siempre: las horas más felices de mi vida pasadas al pie de su reja, engalanada de flores que cuidaban sus delicadas manos; horas de

La ausencia obligada se prolongó, se prolonga aún, y aquellos fervientes amores de los diez y seis años se fueron apagando poco á poco, como se apagan todos los fuegos sagrados sin la sacerdotisa que los alimenta.

Sin rabia supe que se había casado, y con verdadera alegría sé que es feliz.

Y sin embargo, aquellos amores no han muerto. Cuando oigo la más ligera nota de una guitarra ó veo un álamo blanco, una madre selva..., siento algo que no sé expresar: melancolía inefable, anhelo infinito..., y no tengo más que entornar los ojos para reconstituir el cuadro y verme junto al abrevadero contemplando el desfile de las mozas del pueblo con el cántaro á la cintura, oyendo los requiebros de los mozos; y veo al paciente burro bebiendo con cierta negligente melancolía, y á los chalanos, y el verdor de la madre selva y el verde plata del álamo, que se eleva majestuoso protegiendo con su sombra el abrevadero en pago del agua que recibe. Allí está también mi Samaritana, María, aprisionándome en sus largas pestañas, mirándome con amorosa dulzura y prometiéndome un mundo de deleites.

Y suspiro pensando en aquel lugar de los recuerdos gratos, en mis fervorosos amores, y me figuro que ella tampoco me habrá olvidado y que al ir al abrevadero recordará con melancolía inefable aquel tranquilo oasis de nuestra juventud.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

ANIVERSARIO

DE LA CONQUISTA DE LA GRAN CANARIA
FIESTAS EN LAS PALMAS
LA BATALLA DE FLORES

El aniversario de la anexión de la isla de Gran Canaria á la corona de Castilla se celebra tradicionalmente con grandes fiestas cívico-religiosas que se verifican en la ciudad de Las Palmas, capital de aquella rica isla.

Estos regocijos con que todos los años se conmemora un glorioso suceso merced al cual se disiparon las tinieblas que envolvían la isla, abriendo paso á la luz de la fe cristiana que alumbró la senda por donde aquel pueblo pudo llegar al concierto de las naciones civilizadas, se han celebrado en el año actual con excepcional entusiasmo, como si los leales cana-

rios quisieran dar con ello mayor testimonio de su amor y fidelidad inquebrantables á España, para consolar á la madre patria de las tristezas y desgracias que en estos últimos tiempos han pesado sobre ella.

De los muchos números que formaban el programa de estas espléndidas fiestas, uno de los que más llamaron la atención y de los que mayor éxito tuvieron fué la batalla de flores, sólo comparable á las mejores que se celebran anualmente en Niza, en la cual tomó parte principalísima la colonia extranjera que durante el invierno abandona las heladas regiones del Norte para gozar de las dulzuras de aquel maravilloso clima.

Verificóse la batalla en la calle Mayor de Triana, hermosa vía en donde se observa siempre un movimiento comercial extraordinario, adornada para aquella fiesta con tanto arte como elegancia. Banderas y gallardetes de todas formas y colores suspendidos entre las dos líneas de edificios y colgados en lo alto de las casas agítanse en el aire en elegantes ondulaciones; cubren los balcones variados adornos de flores y ramajes que producen bellísimo efecto y sirven de poético marco á las infinitas muchachas que desde allí asisten y toman parte en la contienda; y abajo, en la calle, estrújase una multitud ávida de presenciar el interesante espectáculo, dejando apenas paso para las filas de coches lujosamente decorados,



POR ALLÍ VIENE, cuadro de Constantino Korowin

amor casto, en las que no había más caricias que las de la mirada; de promesas ardientes, de frases apasionadas, de confidencias mutuas...

Yo pensaba entonces en ir á Madrid á conquistar gloria y laureles, muchos laureles, los bastantes para que ella, María, la de los ojos negros y brillantes, tez morena y hoyuelos seductores en las mejillas, la que era dueña absoluta de mi alma, pudiese caminar por el mundo como Cristo cuando entró triunfante en Jerusalén.

Cuando al mediodía iba ella al pilar á ser una brillante nota más del pintoresco conjunto, me miraba con indecible cariño, y aquel rayo de sus ojos, penetrando en mi corazón, me hacía verlo todo más alegre, más claro, más encantador, hasta el punto de que llegaba á decirme: «Cuando esta muchacha me falte, para mí habrá perdido la naturaleza la más adorable de sus perfecciones, y me moriré efectivamente de angustia.»

¿Y ella? ¡Cuánta ternura, Dios mío! Con seguridad que se sentía con fuerzas bastantes para dar la vida por mí. Ambos creíamos sinceramente en la eternidad del amor.

Nos separamos llorando afectivamente, jurándonos... todo lo que se juran los enamorados al separarse.

Y pasó el tiempo. Yo en la brecha empeñado en esa lucha que no tiene fin jamás; ella en el pueblo...

fortalezas ambulantes desde donde se lanzan millares de proyectiles en forma de lindos ramos y de elegantes serpentinatas.

El espectáculo no puede ser más hermoso ni más



LAS PALMAS — Carroza del casino «Gabinete Literario» proyectada por Néstor Martín y premiada con el primer premio en la batalla de flores

pintoresco, y de él pueden formarse idea nuestros lectores por uno de los grabados que en esta página reproducimos.

Otro de los grabados representa un trozo de la fachada del edificio que obtuvo el primer premio, recompensa que sirve de estímulo á los dueños de las casas para aguzar su ingenio y no reparar en gastos á fin de que la suya se lleve la palma. En el balcón del edificio premiado, convertido en preciosa gloria, se admira un conjunto de señoritas que á buen seguro habrían también obtenido el laurel de la victoria en cualquier certamen de la belleza.

El otro grabado, finalmente, reproduce la carroza del casino principal de Las Palmas, denominado «Gabinete literario,» que fué proyectada por el joven artista Néstor Martín y que obtuvo el primer premio. Era una hermosa alegoría de la primavera y constituía un conjunto tan original como artístico, formado por vaporosas nubes de gasa de color de rosa, por entre las cuales asomaban doradas espigas, mariposas de vivos colores y flores de las más variadas y raras especies, sirviendo de trono á una preciosa niña ricamente ataviada que simbolizaba la estación que el poeta llamó «juventud del año.»

Las fotografías de donde están reproducidos los grabados que publicamos nos han sido enviadas por D. Domingo de Quintana, de Las Palmas, á quien damos las gracias por su atención. — X.

NUESTROS GRABADOS

La oración de una madre, cuadro de Sergeant Kendall.—En el número 1.008 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos algunas consideraciones sobre el arte norteamericano, manifestando que en la América del Norte existe un núcleo de artistas que, aunque influidos por las diferentes escuelas europeas, constituyen una base de lo que algún día llegará á ser sin duda el arte nacional de aquel país. El cuadro de Sergeant Kendall, *La oración de una madre*, entra de lleno en esa tendencia de la escuela francesa moderna, en la que al lado de la sencillez predomina un sentimiento sobriamente expresado. Aquella pobre mujer que, sentada junto á su hija en humilde banco, reza al santo de su devoción, está admirablemente trazada: en su actitud hay todo el abandono del más acerbo dolor y

en la mirada que dirige á la tosca imagen se refleja una fe intensa, una esperanza vivísima de que sus preces han de ser escuchadas.

Niños en el bosque, cuadro de Frank Benson.—También el autor de este cuadro, el norteamericano Benson, se ha dejado influir por la escuela francesa; pero así como Kendall tiende al sentimentalismo, su colega busca su inspiración en los pintores *en plein air*. Su cuadro *Niños en el bosque* es de una poesía y de una frescura encantadoras: las dos figuras de la infantil pareja que sentada sobre la hierba se entretiene cortando ramos y recogiendo flores silvestres, resultan en extremo simpáticas y demuestran el cariño con que el pintor trata los temas de la infancia, que son su especialidad; y el trozo de bosque que en el fondo se divisa es una prueba elocuente de que Benson sabe sentir la naturaleza y cuenta con talento y

que produce la luz en las rocas y en la vegetación, imprimiendo en ellas la vida, el carácter, la realidad, cual si el sentimiento que rebosa en su corazón y el fósforo que ilumina su inteligencia pudieran dar forma corpórea á lo que sólo es gallarda imitación.

Juguetes fabricados por los prisioneros boers de Simon's Town.—En la Exposición Naval y Militar que actualmente se celebra en Londres han creído oportuno los ingleses exhibir una porción de juguetes que los prisioneros boers de Simon's Town fabrican para entretener los ocios de su dura cautividad. No sabemos la impresión que en el público londinense habrá producido la vista de esos objetos; pero lo más probable es que la generalidad los haya considerado como simples curiosidades y aun es fácil que muchos se hayan sonreído burlescamente al comparar su confección rudimentaria y



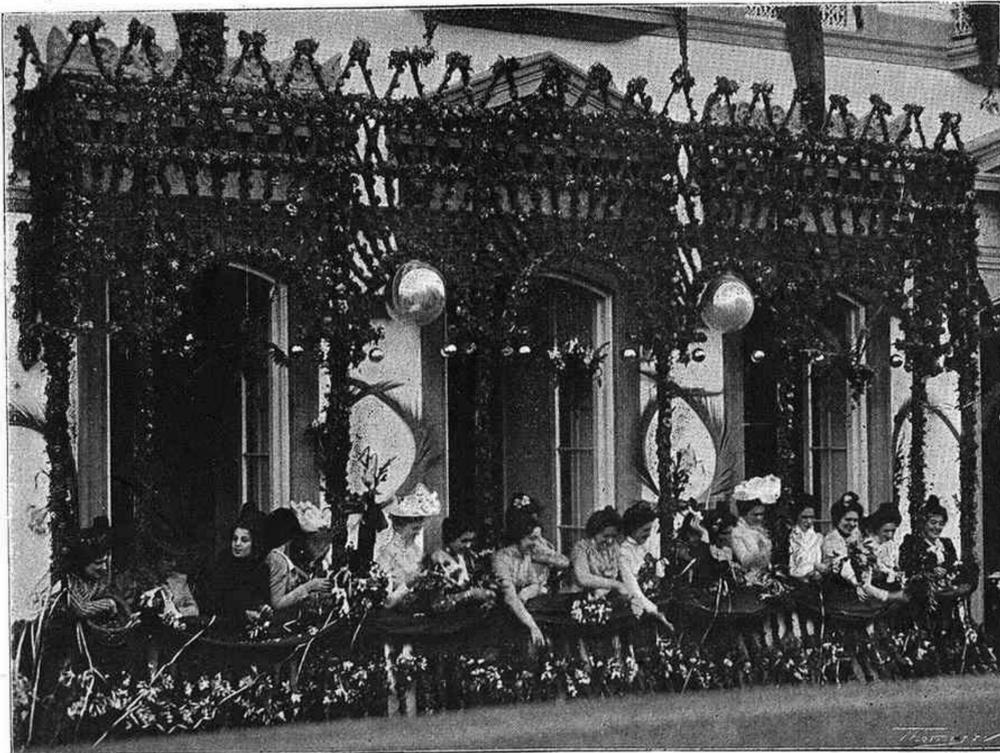
LAS PALMAS.—LA CALLE MAYOR DE TRIANA DURANTE LA BATALLA DE FLORES

habilidad suficientes para trasladarla al lienzo tal como ella es, mejor dicho, tal como consiguen verla los que la miran como verdaderos artistas. La impresión grata que el cuadro produce, la sensación de la realidad que en el ánimo despierta, la dulzura que se experimenta contemplando aquel apacible y poético espectáculo, constituyen las mejores alabanzas de la obra que nos ocupa.

En la quinta, cuadro de José Masriera (Exposición Robira).—Es José Masriera uno de los artistas de más sólida reputación. Observador, preciso en sus juicios, de clarísimo ingenio y no común ilustración, ha puesto en juego estas cualidades en beneficio del arte á cuyo cultivo ha consagrado los mejores años de su vida. Laborioso é infatigable, ha estudiado la naturaleza en todas sus brillantes y espléndidas manifestaciones, conservando siempre el sello de nacionalidad, de

tosca con las maravillas que en este género salen de las grandes manufacturas europeas. Y sin embargo, aquellos juguetes toscamente fabricados se prestan, en nuestro concepto, á serias meditaciones. En primer lugar, vemos en ellos la manifestación de un pueblo virgen, vigoroso, lleno de virtudes, que sin desdorar en absoluto los progresos de la civilización, como lo prueba el adelanto conseguido por algunas de sus ciudades, ha sabido sustraerse á sus corrupciones. Apreciamos también en esas granjas, carros y molinos en miniatura la expresión de un amor á la patria que nada puede extinguir y que en el cautiverio se convierte en una honda añoranza de las cosas de la tierra y en el deseo invencible de reproducir todo aquello que mejor la caracteriza y mejor puede recordarla. Y al contemplar toda esa serie de menudencias, para unos insignificantes, para otros indiferentes, no podemos menos de sentir una admiración grande, sincera, entusiasta, hacia ese puñado de héroes que se bate por su independencia con fiera indomable, que fiado en Dios y en la justicia de su causa, no se arredra ante la superioridad numérica verdaderamente aplastante de su adversario, y que contando con medios reducidos, aislado de todo el mundo, acosado por ejércitos poderosísimos, viene sosteniendo durante cerca de dos años una lucha que reviste todos los caracteres de la epopeya y en la cual, mientras han sufrido gravísimo quebranto el poderío y humillaciones sin cuento el orgullo de Inglaterra, se ha conquistado el pueblo boer las simpatías del mundo entero.

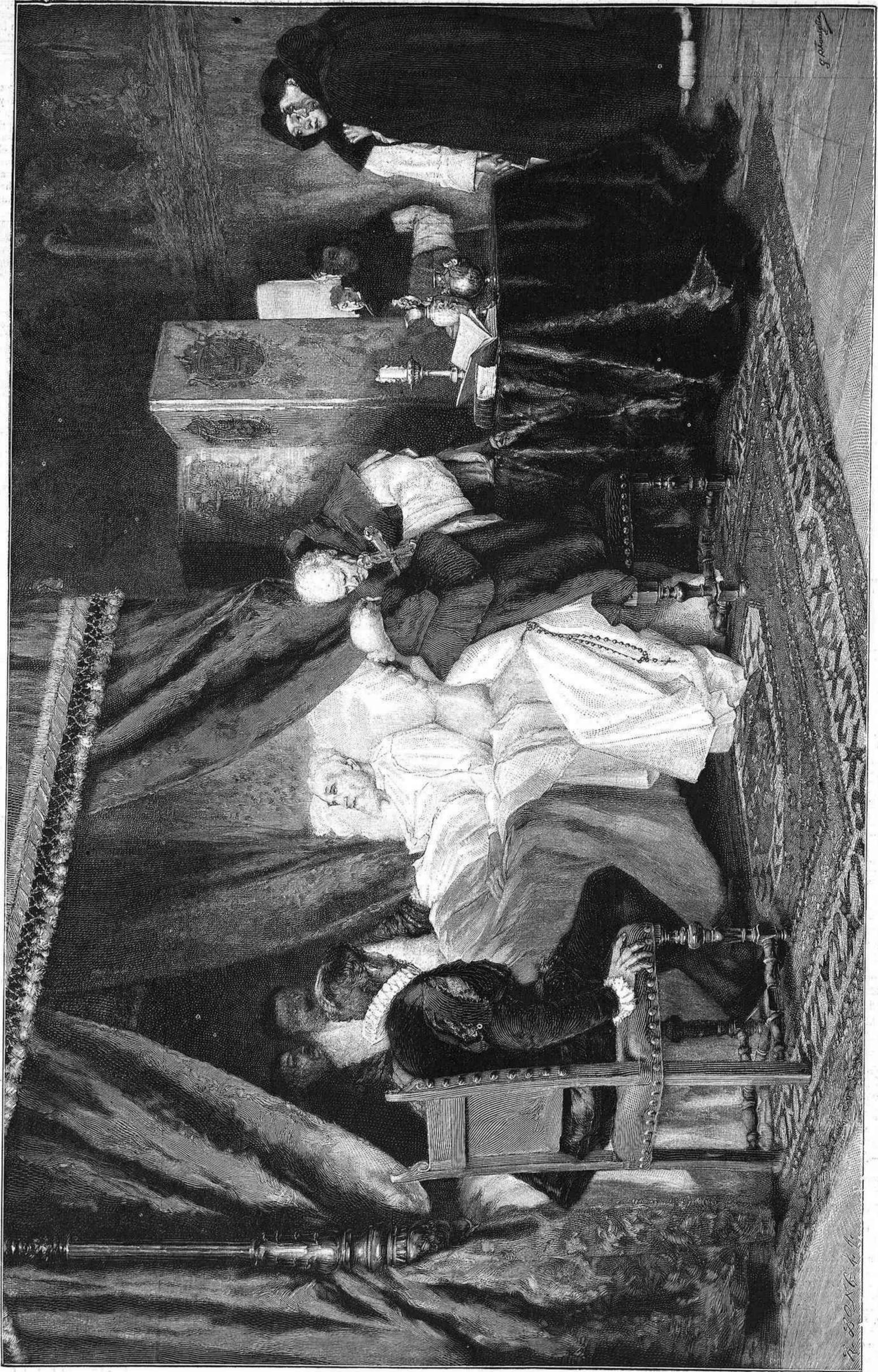
Por allí viene, cuadro de Constantino Korowin.—Si difícil es á un artista identificarse con el modo de ser del país en que vive é imprimir en los tipos que reproduce el sello característico de su raza ó de su región, la solución del problema toca casi en los límites de lo imposible cuando se trata de un pintor que pretende trasladar al lienzo tipos ó escenas extranjeros. Pues bien, si el que tal intenta logra su propósito; si realmente sorprende y exterioriza de aquello que ve, no sólo la parte material, sino además el espíritu, lo que le da verdadero carácter, no cabe duda alguna de que es un maestro en toda la extensión de la palabra, de que conoce á fondo y siente hondamente el arte que cultiva. Si nos fijamos en el cuadro del pintor ruso Korowin, no podremos menos de confesar que su autor se encuentra en este caso; suprimase la firma de su preciosa pintura, y no habrá quien no afirme que el que la ejecutó es un andaluz castizo, empapado en el modo de ser de su bendita tierra, y no porque



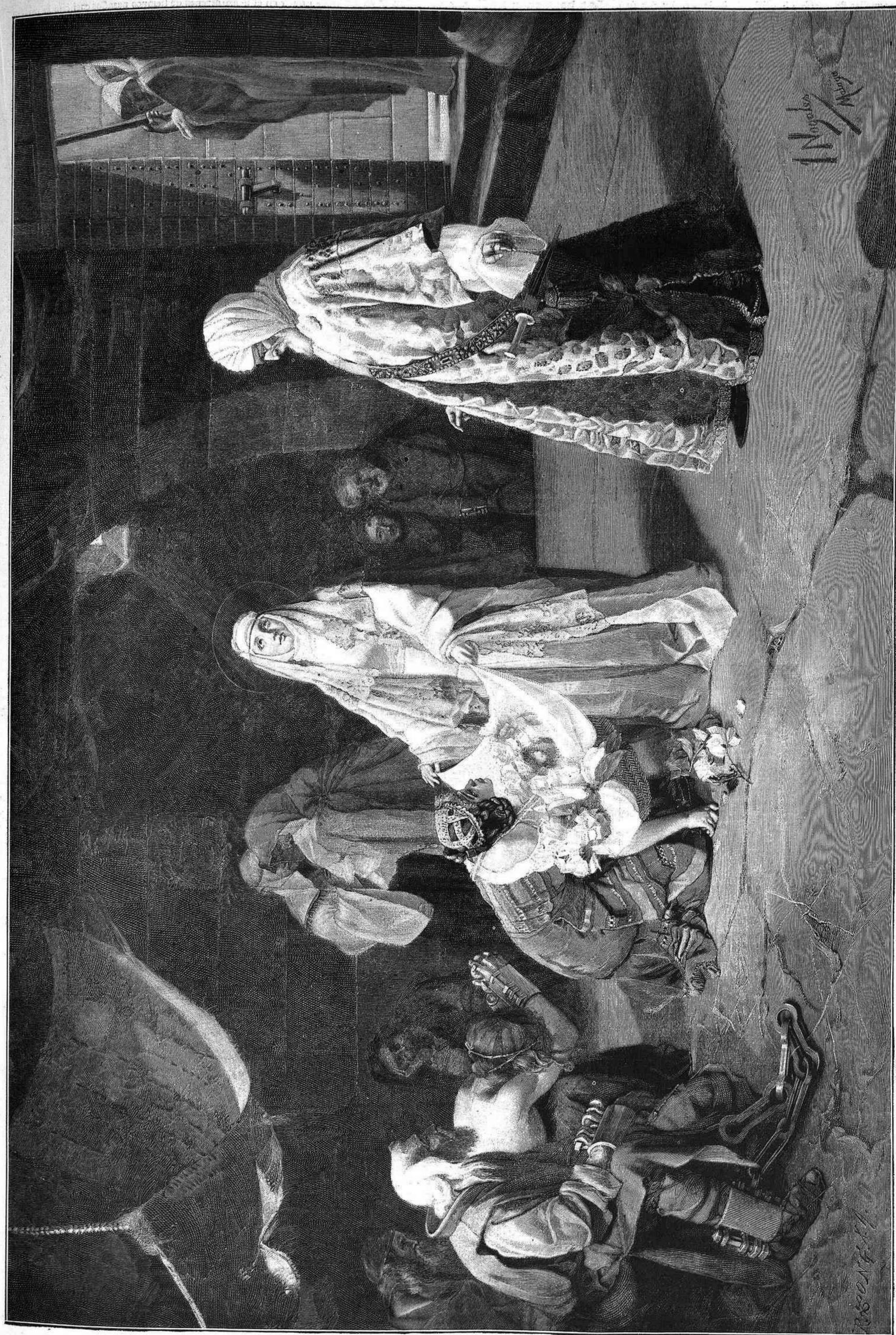
LAS PALMAS.—TROZO DE FACHADA DEL EDIFICIO QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO EN LA BATALLA DE FLORES

regionalismo, trasladando fielmente al lienzo la tierra catalana en toda su grandiosidad y belleza. De su paleta, siempre brillante y vigorosa, han brotado esas justísimas entonaciones

este caso; suprimase la firma de su preciosa pintura, y no habrá quien no afirme que el que la ejecutó es un andaluz castizo, empapado en el modo de ser de su bendita tierra, y no porque



MUERTE DE CARLOS V, cuadro de C. P. Torriglio



SANTA CASILDA, cuadro de J. Nogales

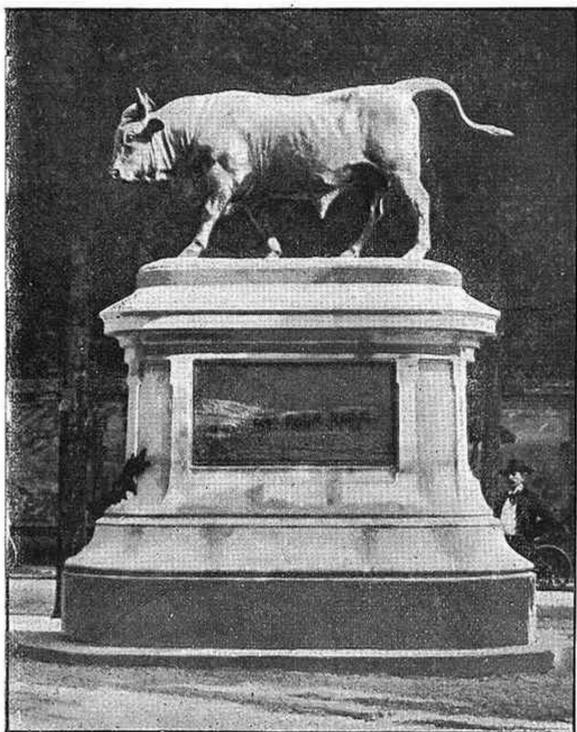
una de aquellas figuras vista la clásica falda de percal y ciña su esbelto cuerpo con el airoso pañolón de Manila, sino porque hay en las dos muchachas, en la disposición de la escena, en la luz que al través de las persianas se filtra, en el ambiente todo del cuadro, ese algo especial propio de esa región llena de encantos que hacen de ella el más delicioso paraíso.

**

Muerte de Carlos V, cuadro de C. P. Torriglio.—A las cuatro de la madrugada del día 21 de septiembre de 1558 falleció en el monasterio de Yuste el soberano que por espacio de cerca de medio siglo había ejercido en el mundo el poder mayor que jamás se había en él conocido. Su muerte fué ejemplarísima, según demuestran las cartas en que su mayordomo y confidente Luis Quijada anunció su fallecimiento; en la plenitud de sus sentidos y de su palabra, escuchó fervorosamente las exhortaciones de los frailes que en tal trance le acompañaron, y aun les indicaba que le rezaran tal ó cual salmo, oración ó letanía; y cuando comprendió que la muerte se acercaba, tomó el crucifijo y se abrazó con él llevándose a los labios. Tal es la escena que ha reproducido el autor del cuadro que publicamos: el lienzo de Torriglio se distingue por su sobriedad, condición que no siempre suelen tener los que cultivan el género histórico; no hay en él efectismos de relumbrón ni la menor afectación en las figuras; éstas, correctamente ejecutadas y colocadas con naturalidad, tienen cada una su valor propio, sobresaliendo entre todas ellas la del emperador yacente en su lecho y las de los dos religiosos situados junto á su cabecera. La misma sobriedad se advierte en todos los detalles de la habitación en que la escena se desarrolla, siendo ello una nueva prueba de que el artista no ha querido posponer la verdad á los efectos de fácil obtención que muchas veces alteran por completo el carácter de una obra.

**

Monumento erigido en Fontainebleau á la memoria de Rosa Bonheur, obra de Hipólito Peyrol é Isidoro Bonheur (escultores) y de Jacob (arquitecto).—Este monumento recientemente inaugurado es debido á la generosidad de M. Gambart, cónsul general de España en Niza y uno de los más fervientes admiradores de la gran artista, que ha hecho solemne donación del mismo á la ciudad de Fontainebleau. No podía escogerse sitio más adecuado para perpetuar la memoria de la célebre pintora, pues cerca del lugar en donde el monumento se levanta, en el parque de By, enclavado dentro del hermoso bosque de Fontainebleau, vivió Rosa Bonheur por espacio de medio siglo, retirada del mundo, huyendo de las tiránicas obsesiones de la gloria, que habían ido á encontrarla en su modesto taller de París después de los triunfos alcanzados en los salones de 1850, 1853 y 1855, y entregada por completo á la contemplación de la naturaleza, cuyas bellezas reprodujo en lienzos inmortales.



MONUMENTO ERIGIDO EN FONTAINEBLEAU Á LA MEMORIA DE ROSA BONHEUR, obra de Hipólito Peyrol é Isidoro Bonheur (escultores) y de Jacob (arquitecto).

El monumento tiene la forma de un rectángulo, cuyas caras están adornadas con bajos relieves en bronce que representan las obras maestras de la artista: *Merced de caballos*, *Labranza en el Nivernais* y el *Ciervo*; en la cara principal destaca un medallón con el busto de la pintora ilustre. Sobre el pedestal alzáse un magnífico toro en bronce, que no es sino una escultura agrandada de Rosa Bonheur, que tan bien como los pinceles manejaba el cincel. El medallón es obra de Hipólito Peyrol y los relieves de Isidoro Bonheur, ambos escultores de no común talento, y sobrino el primero y hermano el segundo de la artista genial.

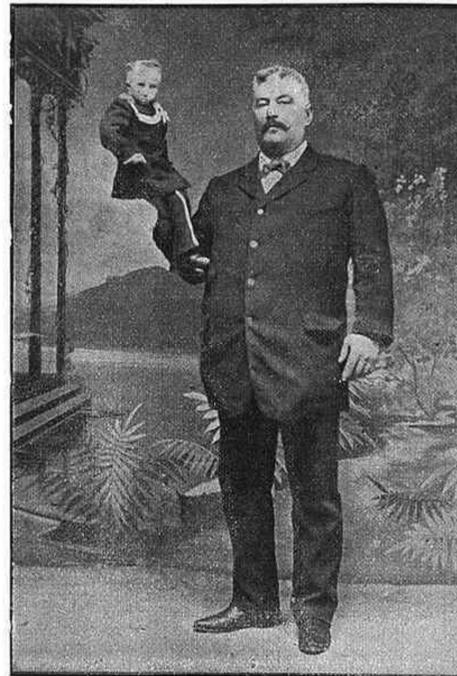
La parte arquitectónica ha sido dirigida por M. Jacob, arquitecto de los monumentos históricos.

El acto de la inauguración ha revestido las proporciones de una verdadera solemnidad, habiendo sido presidido por M. Armando Dayot, inspector de Bellas Artes, expresamente delegado por el ministro de Instrucción Pública, y asistido á él M. Enrique Dorisol, miembro del Instituto, en representación de M. Gambart, M. Thomas, senador y alcalde de Fontainebleau, y otras personalidades notables que con su presencia quisieron rendir un tributo de admiración á una de las más legítimas glorias artísticas de la Francia moderna.

Las hermanas Radica y Daodica y el príncipe Colibrí.—En el Salón Teatro Moderno de esta ciudad se exhiben actualmente los dos fenómenos que los adjuntos grabados reproducen y que con justicia han llamado la atención,



Las hermanas RADICA y DAODICA, unidas entre sí, y el príncipe COLIBRÍ, el hombre más pequeño del mundo, que actualmente se exhiben en el Salón Teatro Moderno de Barcelona



no sólo del numeroso público que atraído por la curiosidad acude á verlos, sino que también de muchos hombres de ciencia que los han examinado desde el punto de vista científico. Las hermanas Radica y Daodica forman una sola persona, pues están unidas por una membrana cartilaginosa que mide 35 centímetros de circunferencia y no priva á dichas niñas de ningún movimiento, permitiéndoles andar y trabajar con suma facilidad. Por medio de los rayos X se ha reconocido que una de las hermanas tiene el corazón á la izquierda y la otra á la derecha, y que para alimentarlas á ambas basta solamente que coma una de ellas. Se presentan en público elegantemente vestidas y descienden de la escena á la sala para que los espectadores puedan examinarlas de cerca.

El príncipe Colibrí tiene veinte años de edad, mide 58 centímetros y su peso se reduce á unas siete libras; es delgadito y rubio y de correctísimas proporciones: con esto basta para comprender que se trata de uno de los ejemplares más notables en su género. Es un liliputiense en toda la extensión de la palabra, y más que un ser humano parece una muñequita animada. Lo presenta al público uno de sus empresarios llevándolo sobre una mano como si fuera una estatuita, tal como se ve en el grabado que reproducimos.

**

Santa Casilda, cuadro de J. Nogales.—Era Casilda hija del rey moro de Toledo Almenón, que reinaba al mismo tiempo que Fernando I de Castilla. Compadecida de los sufrimientos de los esclavos cristianos, pidió á su padre la libertad de aquellos infelices; furioso Almenón por tal súplica, amenazó á Casilda con decapitarla si se atrevía nuevamente á demandar gracia para aquéllos. A pesar de tales amenazas, la joven princesa hizo instruir secretamente en la fe católica. Un día en que llevaba á los cristianos algunos víveres ocultos entre sus ropas, sorprendióla su padre; quiso éste saber adónde iba, á lo que Casilda le contestó que venía del jardín de coger rosas, y entreabriendo su falda cayeron á sus pies en hermosa lluvia. Poco después la joven cayó enferma, y Almenón, viendo que ningún médico moro lograba salvarla, ofreció su reino al que devolviera la salud á su hija; presentóse entonces un desconocido que derramó sobre la cabeza de la enferma algunas gotas de agua, diciendo: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Casilda se había arrodillado instintivamente, y al incorporarse, el médico había desaparecido; pero pudo oír una voz del cielo que decía: «Quien abandone su casa, sus hermanos, hermanas, padre, madre é hijos, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.» Casilda vivió santamente y ha sido canonizada por la Iglesia.

Tal es la historia de la santa, en uno de los episodios de cuya vida está inspirado el cuadro del pintor español José Nogales. Reune el lienzo condiciones en extremo recomendables, así por la manera con que está concebida la composición, como por la corrección con que el autor ha sabido ejecutar y agrupar las figuras, imprimiendo en ellas la expresión que dado el asunto les corresponde. Entre todas sobresalen la de Casilda, verdaderamente poética, dulce, hermosa, tal como la historia la pinta, y la de Almenón, en cuya actitud se revela admirablemente el asombro que en su ánimo produjo el milagro por su hija realizado.

**

¡Hermanos, sálvese quien pueda!, cuadro de José García Ramos.—El distinguido pintor sevillano se ha conquistado un puesto tan alto como merecido en el arte español contemporáneo; sus cuadros de costumbres andaluzas, algunos de los cuales han tenido ocasión de admirar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, son modelos de sentimiento unos, de gracia otros y todos de gran espíritu de observación, de conocimiento profundo del pueblo en que vive y de dominio absoluto de la técnica artística. En todas sus obras hay algo más que figuras bien dibujadas y que paisajes ejecutados hábilmente; hay lo que entendemos esencial en las creaciones de los costumbristas, un reflejo exacto del sentimiento, del alma que en cada país, en cada región, hasta en cada localidad, reviste formas distintas que imprimen rasgos característicos á todo cuanto es peculiar á aquéllos y que en su esencia se transmite de generación en generación sin perder el sello fundamental que la distingue. Gracias á esto, puede García Ramos repro-

ducir en el lienzo escenas de tiempos pasados casi con la misma verdad que si á ellas hubiese asistido, como lo demuestra la preciosa composición que publicamos y que ha sido premiada con una segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas

Artes de Madrid del presente año. No necesitamos describir el asunto para que nuestros lectores lo comprendan: mejor que podríamos hacerlo con la pluma lo explican los aterrizados semblantes de los devotos cofrades que á la desbandada huyen ante la aproximación del toro que perseguido por dos piqueros asoma por la calleja inmediata. El cuadro de García Ramos es un portento de expresión, y si á esto se añade que la composición está admirablemente entendida, que el dibujo es correctísimo y que el color es digno del pintor que como pocos sabe poner en la tela toda la luz de la incomparable Andalucía, quedará justificado el aplauso unánime con que el público y la crítica han acogido el *¡Hermanos, sálvese el que pueda!*

Necrología.—Han fallecido:

Victor Juan Teófilo Schrotter, uno de los más famosos arquitectos rusos, profesor de Arquitectura, miembro de las Asociaciones de Arquitectos de Londres y Berlín, constructor de los grandes edificios del Banco Ruso, de la estación ferroviaria de San Petersburgo y de los teatros de Kiew, Nijni-Novgorod, Irkutsk, Tiflis, etc.

Petko Rajcov Slavejkow, notable político búlgaro y uno de los primeros poetas y escritores de su país.

Oscar Walther, reputado autor dramático alemán.

Mariano Ignacio Prado, ex presidente de la República del Perú.

Conde de Borchgrave d'Altena, jefe del gabinete del rey de los belgas desde hacía treinta y cinco años y ex ministro de Negocios Extranjeros.

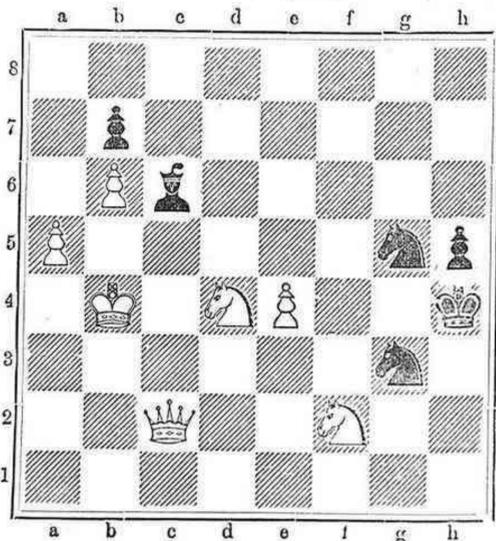
Arturo Immanuel Hazelius, célebre filólogo y etnólogo, fundador del Museo del Norte y de su anexo y del Museo al aire libre en el Jardín Zoológico de Estokolmo, en donde están representadas la vida popular de Suecia y la flora y la fauna de Escandinavia.

Martín Wessels Pretorius, primer presidente de los Estados unidos boers del Norte del Vaal, que fué después presidente del Estado libre de Oranje y de la República del Transvaal.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 243, POR E. FERBER.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 242, POR A. PILLMEYER.

- | | |
|-------------------|----------------|
| Blancas. | Nebras. |
| 1. D a7—b8 | 1. Cualquiera. |
| 2. D, C ó T mate. | |

EL FANTASMA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR PABLO BOURGET

(CONTINUACIÓN)

No tengo más que hojear uno de mis cuadernos para encontrar la prueba de que hoy hace un año experimentaba ya un cansancio inmenso, como un decaimiento de todo mi ser moral, la sensación de mi vida acabada. La esperanza de galvanizar aquel corazón muerto fué lo que me hizo acercarme á Evelina y después casarme con ella.

¿Se ha realizado el milagro de resurrección que yo esperaba? ¡Ay! Ese matrimonio con la imagen de mi lejana amiga no ha reanimado mi corazón más que en su aptitud para sufrir. Sus aptitudes de felicidad han continuado muertas, muertas como la amiga de mi juventud y como mi juventud misma. Esto es lo que el fantasma me dice con los ojos y con la sonrisas de todos sus retratos y sobre todo del gran cuadro que está en la alcoba de Evelina. No quiero nunca mirarle cuando entro en esa pieza, y sin embargo, le miro, ó me mira él á mí. Es una pintura ya pasada, en la que tan sólo los ojos y la boca han conservado una intensidad de matices que es para mí alucinadora. Antonietta está allí retratada en busto, con los brazos y los hombros desnudos en un cuerpo escotado cuya muselina de seda, color de fuego, envuelve aquellas formas frágiles, delicadas, casi inmateriales. Toda la sangre de aquel cuerpo parece haberse concentrado en la boca roja y en los ojos azules.

El lecho conyugal, por un sacrilegio que no hubiera podido impedir sino por medio de otro crimen peor, está á pocos pasos del marco dorado en el que me sonrío aquella boca en flor. Aquellos delicados labios se mueven, me hablan y me repiten la antigua frase: «Quisiera morirme así, antes de la primera arruga, antes del primer cansancio...» Y así murió, como había deseado. Aun siendo madre, y madre tierna, un instinto le decía que ella no debía, no podía envejecer.

Esa poesía de la vida de familia, que es profunda, que es real, no se concilia con otra poesía, profunda también y también real, que era la suya y la mía. Hay corazones de espasmo y de exaltación, como hay corazones de adhesión y de costumbre. Para éstos el hogar, la casa, la familia, la duración y esas prolongaciones de la vida sentimental á través de las decaencias de la vejez, que son ocasiones de serenidad y de abnegación. Pero los otros, aquellos cuyo sueño fué reconcentrar toda su potencia de emoción en un minuto de éxtasis supremo, aunque hubieran de ser aniquilados en él; esos corazones excesivos y apasionados, cuando han llegado al máximo de ardor, del que no pueden ya pasar, deben considerar su aventura como definitivamente acabada.

Esto era lo que quería decirme Antonietta y este el consejo que me da desde el fondo de la tumba. ¿Qué me detiene para ir á buscarla?.. Un cartucho introducido en la recámara de este revólver que tengo al alcance de mi mano..., la presión de un dedo, una pequeñísima presión en el gatillo... y saldría para siempre del mundo en que ha pasado para mí la edad de ciertos goces sin tener el alma para otros distintos, y en el que, aun teniéndola, todo me es hostil. No se funda un hogar en la casa de una mujer que ha sido nuestra amante y con cuya hija nos hemos casado. Lo he creído. Lo he esperado. Lo he querido. ¡Pero no es verdad, no es verdad, no es verdad!

¡Con qué vertiginosa violencia acabo de sufrir el atractivo de la muerte voluntaria! Lo he resistido de nuevo por esa piedad de que hace dos años, en Italia, tuve una crisis tan fuerte. Creí en aquel momento que podría rehacer con eso mi vida y la de Evelina. He visto demasiado que esta era también una quimera. La compasión es un movimiento, una actitud del alma, y puede producir una acción determinada, como mi vuelta de Sorrento, ó inspirar palabras como las que entonces pronuncié. Pero no es un estado; no es una base en la que se pueda fundar nada durable. Esa piedad se agota con el dolor que la ha causado, y no se vuelve á encontrar más que volviendo á hacer sufrir.

Cuando me figuro á Evelina entrando en este cuarto y encontrándome muerto en el suelo, la imagen de su pena me desgarga el alma y me digo: «Hay que vivir...» ¿Tengo razón? El paroxismo de dolor en que le sumiría mi suicidio, ¿no es menos doloroso y menos cruel que esta existencia, prolongada un día y otro día, años acaso, sin que nuestros corazones se fundan y con la evidencia de esta idea fija cuyos ac-

cesos no puedo físicamente ocultar? «Antes del primer cansancio», decía Antonietta, y yo digo: «¡Ah! ¡Desaparecer antes del último!..»

V

París, 8 de febrero.

...El dilema se presenta ineludible: ó decirselo todo á mi mujer ó marcharme. ¡Marcharme! ¿Adónde sino al país del que no se vuelve? Todo es preferible á esta horrorosa vida en la que cada día que pasa envenena la úlcera oculta en lugar de curarla. La contradicción fundamental en que reposa nuestro matrimonio se ha hecho para mí demasiado penosa. Mis nervios se excitan sosteniéndola y me ponen en ese estado de irritación latente en el que se está siempre á punto de cometer actos indignos. Si se reproduce una escena como la de hoy, adiós esta estimación de mí mismo que he conservado hasta aquí á pesar de todo, convencido de que siempre he hecho cuanto he podido para ahorrar á Evelina la repercusión de mis penas. Si había sufrido, había sido viéndome sufrir. Nunca me he permitido ese vergonzoso alivio de las conciencias atormentadas, que consiste en hacer daño en torno suyo... En el caso presente, la iniquidad es verdaderamente enorme...

Lo que me da la medida de mi desorden mental y casi físico, es la niñez del hecho que ha servido de principio á mi irritación. Había almorzado fuera, como lo hago á menudo, solo y sin dar explicación ninguna á Evelina, que nunca me interroga. Es mi procedimiento más seguro cuando, abocado á una de mis crisis, quiero conjurarla. En estos casos huyo de mi casa y ando, ando indefinidamente, lo que algunas veces adormece mi acceso.

A eso de las cuatro, encontrándome ó creyendo encontrarme mejor, volví á casa y vi á Montchal que estaba de visita con Evelina. Es la segunda vez, desde nuestra vuelta á París, que ese muchacho viene á vernos. Quiso sin duda dejar solamente una tarjeta; le dijeron que la señora recibía y se vió comprometido á subir. ¿Tenía yo necesidad de darme esta explicación para que la presencia de aquel antiguo candidato á la mano de Evelina me fuese perfectamente indiferente?

Estar celoso de Renato de Montchal sería ridículo, y estarlo de cualquiera que fuese sería sencillamente infame, después de haberme prodigado Evelina las más completas pruebas de adhesión que nunca una mujer dió á su marido. Sentí, sin embargo, al encontrarme con aquel joven la más viva contrariedad, y no pude disimularla. Era visible á la primera mirada que Renato había cambiado; no se podía decir que aquellos doce meses le hubieran envejecido, pero sí que le habían madurado. La causa era sabida. No tenía más que recordar nuestra violenta escena del hipódromo de Hyères, su visita y su explicación. Había amado á Evelina, y el matrimonio de ésta le había hecho muy desgraciado. Su actitud torpe y casi dolorosa en aquel momento probaban además que la amaba todavía.

El más elemental buen gusto exigía, pues, que yo no pareciese observar semejante cosa; pero se apoderó de mí una idea que me hizo penoso y casi cruel el darme cuenta de aquellos indicios. Con todos los defectos de su naturaleza y de su educación, y á pesar de su pasado de vulgares placeres, aquel joven hubiera sido mejor marido que yo para Evelina. El sentimiento sin esperanza y sin cálculo que guarda en su corazón es sincero y sencillo, y por consecuencia fuerte y propio para fundar un hogar. Aquel enamorado vencido era una condenación viva de la anomalía en que yo había querido basar mi casamiento, sin haber logrado más que convertir á la más adorable mujer en una mártir, no de mi egoísmo, pues no es egoísta el que se quiere tan poco á sí mismo, pero una mártir en todo caso, para la cual todo hubiera sido mejor que lo sucedido. Esa impresión fué tan profunda, que la presencia de aquel pobre muchacho se me hizo enteramente odiosa. Apenas respondí por monosílabos á las frases de cortesía que él creyó deber pronunciar, y mi proceder acabó de desconcertarle por completo. En cuanto se marchó, Evelina no pudo menos de hacerme tímidamente esta observación:

— ¿Por qué has estado tan poco amable con Montchal? Yo estaba más desconcertada que él..

— No puedo estar amable con un individuo que viene á hacerte la corte, respondí secamente.

— ¿Montchal viene á hacerme la corte?, repitió Evelina, más asombrada que ofendida por aquella extraña observación.

— Si no te la hace, continué, te la ha hecho, puesto que pretendió casarse contigo.

— ¡Con qué tono me dices eso!, replicó. Supongo que no estarás celoso de Montchal, porque eso sería un poco humillante, añadió sonriendo.

— Veo que eres como todas, dije. Te avergüenzas de tus antiguas coqueterías.

— ¿Yo coqueterías?, exclamó.

Y repitió con acento de asombro:

— ¡Coqueterías!..

¡Había en las detestables palabras que acababa yo de pronunciar una maldad tan inmotivada, era tan vil herir de ese modo á aquel tierno corazón sin defensa!.. En el momento mismo en que por primera vez hice pesar sobre ella mi estado nervioso, sentí un remordimiento que en vez de dulcificarme me irritó más aún. Por fortuna, la entrada en el salón de la condesa Muriel, que estaba de paso en París, cortó aquella odiosa y absurda escena. Aproveché la ocasión para retirarme, horriblemente descontento de mí mismo. Sentía vergüenza, que se cambió en un nuevo acceso de irritación apasionada, cuando, media hora después, la señora de Muriel pidió hablarle.

— ¿Qué hay entre Evelina y usted?, me dijo, después de haberse excusado por su intervención en términos muy afectuosos para su sobrina y para mí. Sí, insistió, hace tiempo que la encuentro preocupada, inquieta y triste. Sus primas lo han notado también. Y hoy he visto en seguida que acababan ustedes de tener una discusión. Evelina no ha querido confesármelo; pero usted, Esteban, debe decirlo todo. La quiero como á una hija, ya lo sabe usted, y á usted le quiero del mismo modo. Los matrimonios jóvenes tienen á veces diferencias que dispararía un poco de confianza en los padres. Tenga usted esa confianza...

— ¡Pero si no hay nada, tía mía, se lo aseguro á usted!, respondí.

Desde que volvimos de Italia, estaba yo viendo el paso que iba á dar la condesa Muriel. En varias ocasiones había visto en sus ojos esa expresión que anuncia una pregunta, y esto me molestaba. ¿No había yo sido también desleal con aquella señora? Me hubiera dado su sobrina, á la que amaba realmente como á sus hijas, si lo hubiera sabido todo?

— No hay nada, repetí. Es que Evelina está un poco nerviosa á causa de su estado...

— ¡Qué mal mentís, pobres hijos míos!, dijo la tía de Evelina.

Y añadí:

— No quiere usted tampoco ser franco, y hace usted mal, Esteban. Pero si no lo es usted conmigo, séalo con ella...

— ¿Qué quiere usted decir?, pregunté muy extrañado por la prueba de perspicacia que la buena señora acababa de darme.

Aquello era, como hacía un momento con Montchal, la lección inconsciente de un alma muy sencilla, muy recta, y precisamente por eso mismo, muy cerca de las verdades profundas de la vida.

— Quiero decir, respondí, que os conozco muy bien á los dos. Cuando Evelina era muy pequeña tenía ya ese instinto de callarse en cuanto sentía vivamente alguna cosa. Y usted veo que es lo mismo. Pues bien: creed á una mujer vieja que os quiere tiernamente á los dos: desconfiad de vuestros silencios. No dejéis establecerse entre vosotros diferencias ni errores. Es preciso que os expliquéis, que os contéis las cosas, y usted es el que debe empezar, pues al hombre le toca gobernar la barca. Si Evelina está nerviosa, su estado lo justifica, en efecto. No se calle usted con ella ni la deje callarse, porque eso les hace daño...

¡Explicarme! ¿Con qué palabras? ¿En qué momento? Aquel consejo supone lo que yo considero á cada nuevo episodio del drama de mi vida como la ley misma, como la condición primera de la familia que no tengamos en nosotros mismos nada irremediable...

diablenamente inconfesable. Pero cuando se lleva ese peso en el corazón, cuando se siente á la vez y con igual fuerza la necesidad de la confesión y la del silencio, cuando se está acorralado en este callejón sin salida de hacer sufrir callando y hablando, ¿qué hacer? ¿Qué determinación tomar?

Y he llegado al punto de intersección de los dos caminos. Mi imprudente maldad de hoy me lo ha probado. Si sigo viviendo en este fondo de penas y de mentiras, de obsesiones y de silencios, me volveré loco. Ya tengo que sufrir el asalto de sentimientos de que me creía enteramente incapaz; un sentimiento de repulsión, á veces de aversión, hacia el embaudo de Evelina, hacia su cuerpo deformado, hacia su cara desfigurada, hacia la decadencia de su carne. ¡Qué villanía! ¡Y qué contraste de amargura insoponible con lo que mi mujer espera de esta prueba bendita para ella! Cuando volví á su lado, después de la visita de su tía, la encontré temblando por la injusta cólera en que me había visto. Le pedí perdón, me eché á sus pies, le prodigué mil palabras de ternura y ella respondió:

«¡Eres tan bueno! Cuando estás conmigo como hace un rato, es que estás enfermo. Ya lo ves; nunca te pregunto. Creo lo que me dijiste en Nápoles; quiero creer que no hay en ti más que un mal físico... Si fuera otra cosa, sería muy culpable el no hacer todos los esfuerzos para que hubiese entre nosotros una armonía completa. Piensa que ahora somos tres, que vamos á tener una pequeña alma nuestra, á la que será preciso cuidar y preservar, como á una frágil planta... No podremos lograrlo si no estamos unidos, más aún...»

Mientras Evelina me hablaba, apoyé la cabeza en sus rodillas, y ella, con un ademán instintivo de amistad, se puso á acariciarme el cabello. Aquella era la actitud de Antonieta en otro tiempo; pero tenía yo el alma tan quebrantada, que aquel recuerdo de la dulce muerta no me hacía ya daño. Al escuchar á mi pobre mujer dar expansión á su alma en aquella queja é implorar tan tímidamente una franqueza que le hacía tanta falta como el aire y la luz al que está en un calabozo, me decía que Evelina tenía razón; que aquella obra de educación á que estábamos llamados exigía una entera armonía; que esta armonía era imposible sin la verdad, y que yo mentía, aun en aquel momento, por el solo hecho de tener la cabeza en sus rodillas evocando en esa actitud el recuerdo de mis antiguos abandonos con la otra... Y después, viendo su talle desfigurado y la pesadez de su cintura, la esbelta y voluptuosa silueta de mi fantasma me pasó de repente por la memoria, y una indescriptible angustia me invadió por completo... ¡Oh! ¡Necesito marcharme, marcharme de esta casa, huir de estas penas, huir de Evelina, huir de mi corazón!..

VI

París, 12 de abril.

... ¡Más cerca, un poco más cerca cada día!.. Así me aproximo á la muerte, á la redención tan deseada y tan temida al mismo tiempo. He amado tanto la vida y todo en la vida, hasta sus dolores; me ha gustado tanto sentir, que todavía hay momentos en que ese instinto se despierta. La perspectiva de disolverme en la nada me hace estremecerme. Ese pensamiento me produce un frío glacial que penetra hasta lo más profundo de mi ser, hasta ese punto en que se condensa y se personaliza mi «yo.» Y después, esa impresión de frío intenso y de escalofrío acaba por convertirse en una especie de dulzura. Mi alma se reposa en esa idea del cansancio con que la abruma la repetición constante de las mismas turbaciones.

¡Chocar siempre con las mismas dificultades sin desenlace posible; sufrir siempre las mismas crisis de conciencia y de sensibilidad sin escape alguno! ¡Qué miseria! Por algunos instantes me libero de ella acostumbando mi pensamiento á la grande y suprema pacificación. Mis únicos momentos de consuelo interior son los que empleo lenta y minuciosamente en los preparativos de un suicidio que es inevitable, aunque no lo tenga enteramente decidido. ¡Pero es tan poca cosa lo que me separa de él! ¡Qué pequeño es el esfuerzo de voluntad que me resta hacer para acercarme al momento en que escribo estas líneas el tiro de revólver que terminará por fin la tragedia de mi matrimonio!

De otro modo, ¿hubiera realizado el sacrificio que hoy he llevado á cabo? ¿Me habría resuelto á destruir mi nido de otro tiempo, conservado intacto desde la muerte de Antonieta? Habiendo tenido la fuerza de querer esa destrucción, tendré también la de realizar la otra. No es el gusto por la vida lo que

me separa de ella; es la idea de la pena que voy á causar. Pero esa idea se gasta también. La fuerza de la sensación que me producía se ha debilitado. Tengo tan enferma el alma, tan enferma, que todo se borra y se aniquila en mi conciencia, hasta eso.

Después de haber creído amar á Antonieta y á Evelina con el mismo amor, después de haberlas amado á las dos, me parece á veces que esas dos mujeres se han destruído mutuamente en mi corazón y que no puedo ya sentir nada por la una ni por la otra. Cuando empiezo á enternecerme por Evelina, se eleva la imagen de Antonieta y la obsesión de los remordimientos me domina. Cuando trato de evocar el encanto de otro tiempo y de aquel amor que me fué tan querido, surge la imagen de Evelina y me inflige de nuevo el malestar intolerable. Es como si las hubiera perdido á las dos, y las he perdido en efecto. He perdido á Evelina porque no puedo darle ni recibir de ella más que dolor. He perdido á Antonieta — ¡ah! mucho más que el día del trágico accidente — porque no puedo ya, como entonces, abismarme y anegarme en sus recuerdos. Desde que el pasado ha envenenado mi presente, el presente envenena mi pasado. El haber amado á la madre me impide amar lealmente á la hija. El haberme casado con la hija me hace insoponible el haber sido amante de la madre.

He observado con singular melancolía esta parálisis de mi sensibilidad en el curso de los pasos que he tenido que dar, en estos últimos días, para liquidar mi pequeño departamento de la avenida de Sajonia. Hasta en la época misma de mi boda, retrocedí ante la desaparición de aquellas tres habitaciones en las que todo seguía en tal estado y que tenían para mí como una fisonomía de criatura viviente. Es verdad que, en aquel momento, era tal mi extravío sentimental, que no creí ofender á mi mujer conservando aquel asilo de mi dicha de otro tiempo. Evelina y Antonieta se confundían tan estrechamente en mi culto, que las reliquias de mi antiguo amor no me parecían hostiles al nuevo.

Las circunstancias habían sido arregladas además de tal suerte, que no tenía que temer ninguna complicación material. La habitación no estaba alquilada á mi nombre. Si Evelina hubiera sabido su existencia, podía yo pretender que la había alquilado por cuenta de un amigo, Jacobo de Brèves, por ejemplo, que se hubiera prestado á ello. Hubiera sido una mentira, pero ¡tantas he dicho! Los porteros, á quienes tengo encargada la limpieza de las habitaciones, han entrado en la casa después de la muerte de Antonieta y no la han conocido.

Pero pensando seriamente en matarme, no quiero que Evelina encuentre esta indicación cuando trate, naturalmente, de investigar las causas de mi suicidio. He decidido, pues, suprimir esa última huella de lo que ha sido mi mejor parte de goce en el mundo. La ejecución de tal proyecto se reduce, en realidad, á acciones muy sencillas, pero de una cruel brutalidad. Dejar un asilo como aquel en tales condiciones, supone ponerse en relación con muchas personas á las que es duro asociar á un acto que debía ser respetuoso y mudo como una ceremonia piadosa. Discutir un arreglo con un ebanista para que se lleve todos los objetos dispuestos novelescamente en aquellas piezas que sus obreros van á profanar... ¡Qué mortal ironía, cuando el alma se prepara temblando á dar un adiós á sus más hermosos sueños!..

Hace un año no me hubiera creído capaz de proceder á aquella profanación, y ahora acabo de dedicarme á ella con esa especie de calma automática de los que asisten á un entierro. La operación ha sido verdaderamente espantosa, pero la he realizado sin vacilar; y en este momento, no diré que aquella dispersión de mis queridos muebles no me sea muy dolorosa, pero no me arrepiento de ella, y si mañana tuviera que repetirla, lo haría con la misma calma y la misma frialdad.

El asunto ha durado dos días. Lo más penoso fué ayer, cuando tuve que ir á la casa y volver á verla después de tanto tiempo. Fui en coche hasta la iglesia de San Francisco Javier, y desde allí á pie, como en otro tiempo, por la avenida y la plaza de Breteuil. El aspecto del barrio no ha cambiado mucho desde la época en que yo seguía aquellas mismas calles, bajo los mismos delgados plátanos, para encaminarme al dulce asilo.

Una gran casa nueva mostraba sus seis pisos, todavía vacíos, en la esquina de la plaza, y en todos los balcones se veían grandes tiras de papel con este rótulo: «Se alquila.» Pensé que algún día habría en aquellos pisos, ahora tan anónimos y tan indiferentes, pedazos de vida humana, de esperanzas, de penas y de alegrías; que acaso un amante iría también á evocar ante aquellas paredes la imagen de ternuras acabadas para siempre, y experimenté un gran dolor

por la común miseria, aumentado aún por el aspecto de la casa á que me encaminaba. Ésta tenía tres pisos solamente y cuatro huecos de fachada. Las ventanas de nuestro departamento, en el primer piso, estaban cerradas. Cuando entré y el portero las abrió, una luz pálida y nebulosa iluminó con el color que convenía realmente á mi visita aquellas pobres cosas, nuestro antiguo reino de amor...

Me había yo complacido en adornar las paredes con grandes fotografías de algunos cuadros que gustaban á Antonieta, una fiesta de Watteau, entre otros. Sus tonos estaban descoloridos, así como los de las telas de las cortinas y de las alfombras. La atmósfera que flota en las habitaciones abandonadas extendía por todas partes sus tintes grisáceos. La idea de que no debía irme de allí sin haber realizado lo que tenía que hacer, ponía en tensión mis nervios y me impedía abandonarme á los ensueños desesperados que me acometían en los primeros tiempos de mi duelo, cuando me echaba en el diván en que Antonieta se recostaba de ordinario, y derramaba abundantes lágrimas.

En lugar de esto, con los ojos secos y mientras llegaba el prendero que habían ido á buscar, me puse á destruir con mis manos los objetos personales que no quería vender ni llevarme conmigo. Por mi orden se había encendido un gran fuego en las tres chimeneas de la casa. Cogí del armario la túnica de seda malva en la que se adivinaba el cuerpo de Antonieta, la desgarré en pedazos y los arrojé á las llamas. Había allí un par de finas chinelas que también desgarré y quemé, un chal de encajes y unos peines de concha que hice mil pedazos. El horrible olor á quemado que se repartía por las habitaciones se agarraba á mi garganta, pero yo seguía sin llorar.

El prendero me sorprendió en aquellas extrañas ocupaciones, y creo que se dió cuenta de las razones secretas que me obligaban á deshacerme de aquel mobiliario, pues me ofreció por ellos un precio ridículo, que ni siquiera discutí. Convinimos en que la mudanza se haría aquel mismo día y en que yo iría hoy á dar una ojeada al piso, á pagar el alquiler vencido y á entregar las llaves.

He ido; he vuelto á recorrer aquellas avenidas con un tiempo espléndido esta vez, como para insultar mi dolor. ¿Pero tenía yo siquiera dolor? No había en mí más que una atonía de muerte. Cuando llegué á la casa, los cristales sin cortinillas revelaban que la mudanza se había realizado. En la portería encontré al prendero, que me pagó la suma convenida y me presentó un recibo que firmé con mi verdadero nombre, con la indiferencia del que no trata de despistar ninguna curiosidad.

Acaso hice mal; pero ¿qué puede importarme que Evelina sepa que he tenido una casa oculta, con tal de que no pueda nunca saber á quién he recibido en ella? Eso no pueden sospecharlo ni este prendero ni nadie, ahora que el sacrificio está consumado y que he destruído los objetos personales, como pienso destruir sus cartas. ¡Quiera mi suerte que tenga para ese último sacrificio el mismo valor que he tenido para subir á la casa vacía y pasar revista á aquellas piezas en las que se veía la huella de los mozos en el suelo sin alfombra, en las que pendían de los clavos jirones de tapiz y en las que las chimeneas estaban llenas de los negros vestigios de los objetos que quemé la víspera. Entré en la alcoba, cuya ventana daba á un jardinillo, y miré por largo tiempo aquellas paredes vacías, como estupefacto al ver cuán pronto había desaparecido la decoración de mis éxtasis y de mis nostalgias de tantos años.

En seguida, como el que huye de un sitio en el que ha sucedido alguna cosa horrible, salí de aquella casa, febril y apresurado, sin volverme. Siempre de prisa, me dirigí por las calles Duroc y Masseran hacia la iglesia de San Francisco Javier. Entré, vi un cepillo para los pobres y eché en él el dinero que acababa de darme el comprador de mis muebles. Cuando todo esto estuvo hecho, sentí que ya no había nada entre la muerta y yo.

VII

París, 8 de mayo.

... Estoy en la última estación de mi calvario. Voy á matarme. He pasado estas noches destruyendo papeles que no deben quedar después de mi muerte. He escrito al Sr. Andiguier lo que debía escribirle y he clasificado para él las hojas arrancadas de mis cuadernos que pueden abogar un día, no por mí, sino por mi dolor, si alguna vez Evelina sabe la verdad. No he tenido más que un momento de debilidad, el último, cuando he ido á besarla en su cama y he visto sus ojos y su sonrisa. Pero después he mirado el re-

trato de Antonieta, y allí, en aquellas dos caras, la de la viva y la de la muerta, he visto entera la evidencia de las razones que me mandan morir. En aquel minuto supremo le he dado un adiós y he pedido á la causa desconocida de las cosas, si esa causa puede tener piedad, que mi muerte sea la expiación y que nunca jamás sepa la hija lo que su madre ha sido para mí. Unos momentos todavía, y ya no sentiré más... ¡Ah! ¡Qué descansos!..

VI

DOS AMORES

Hay pocas pruebas tan crueles para un hombre de corazón como saber de un modo cierto, después de la muerte de una persona querida, alguna acción de esa persona absolutamente contraria á la idea que guardaba de ella. El ser querido ya no está allí para defenderse y para explicar cómo pudo hacer aquello de lo que nunca se le hubiera creído capaz. Condenarle sin oírle, estando, sobre todo, revestido del carácter solemne de la muerte, produce al superviviente la impresión de una iniquidad sacrilega. Pero la verdad es muy fuerte y pronto domina á aquel piadoso escrúpulo. Entonces el vivo se pone á recordar el pasado y la época en que se realizó la acción que se le acaba de denunciar, y vienen á su memoria las frases, los ademanes y las miradas de la persona muerta. ¡Aquella criatura, en la que tanto había creído, le engañaba, pues! ¡Representaba para él una comedia!..

Pero si ese descubrimiento retrospectivo ocasiona una ruptura con un recuerdo muy querido, produce un dolor profundo y una amargura sin límites. Hay muertos á quienes, profanados así, no se desea ya volver á encontrar del otro lado del tiempo, y esos desgarrones del cariño póstumo tienen todas las tristezas de un segundo adiós más desconsolador que el primero. Hay otros casos en los cuales la falta que no se suponía va á buscar en el alma una fibra de ternura más íntima y más dulce; y el vivo entonces se pone á compadecer al que no existe por haber sido débil, y casi se acusa á sí mismo por no haber adivinado aquel corazón y no haberle hecho abrirse.

Cuando esa segunda muerte por el desprecio ó esa refluencia por la piedad se realizan á propósito de afectos enteramente espirituales, como el de un hermano ó un amigo, la tragedia es siempre muy patética, pero no tanto como tratándose de una mujer á la que hemos amado y cuando sabemos que ella también amó fuera de nosotros y sin que lo supiéramos, que se entregó á alguien cuya existencia ignorábamos y en condiciones que fueron todas respecto de nosotros otras tantas mentiras. Para que la mezcla de celos físicos y de decepción moral, repentinamente removida en nosotros, no se resuelva en un raudal de agrio rencor, es preciso que nuestro modo de sentir sea muy generoso y muy alto. Todas las traiciones sirven de piedra de toque á la magnanimidad, pero ninguna en el mismo grado que esa.

Felipe de Andiguier era ciertamente magnánimo, en la más completa significación de esa hermosa palabra, y tenía esa nobleza innata del impulso interior que suprime hasta la más vaga idea de una bajeza ó de un acto mezquino. Por instinto, era absolutamente extraño á esa pobreza de corazón que ve un engaño en el hecho de amar sin ser amado. La profunda poesía de su sentimiento por la señora de Duvernay estuvo precisamente en esa renuncia anticipada á toda esperanza y á todo deseo. Había aceptado que se casase con otro hombre y había asistido á su vida conyugal, no sin celos, pero sin despecho. Su mayor pena había sido que su amada no fuese dichosa.

Cuando ésta quedó libre, continuó Felipe viviendo en su atmósfera sin atreverse siquiera á concebir que pudiese cambiar nada en sus relaciones. Muerta, había llevado su devoción hasta quemar sin leerlas las cartas que le había dejado. Ningún matiz de egoísmo, ni aun el más ligero, había manchado la pureza de aquel sentimiento, tan desinteresado como la irradiación de la luz en el cielo, como la expansión de las hojas en los árboles, como todas las energías bienhechoras de la naturaleza. Nunca le había pasado por la mente que esa prodigalidad de sus tesoros de cariño le diese derecho á una compensación.

Y sin embargo, cuando acabó de leer aquellos fragmentos reveladores del diario de Malclerc, aquellas páginas en las que el cómplice de Antonieta contaba la novela secreta de aquella amiga idolatrada durante veinte años con tanto desinterés, pero también con tan completa ceguera, aquel gran enamorado no pudo menos de sentir el sobresalto del odio más animal y más violento. Todo el fervor de

su antigua idolatría se convirtió de repente en una aversión casi feroz contra el que había sido el héroe de aquella novela, contra el hombre á quien la muerta había amado.

En aquellas confidencias en las que palpitaba un drama conyugal tan conmovedor y tan preñado de amenazas para el porvenir de la víctima más enternecedora, el viejo no vió, al cerrar el manuscrito, más que esta única y dolorosa verdad: «¡Antonieta amó!» Aquella boca, cuya línea ideal veía en el pensamiento, había murmurado palabras apasionadas y dado besos de amor... Aquellos ojos, cuya enigmática mirada le perseguía desde el fondo de la tumba, se habían bañado con las lágrimas é iluminado con los rayos del amor... La abundante mata de aquellos hermosos cabellos había sido acariciada y desprendida por una mano amante... Un hombre había estrechado y poseído aquel cuerpo delicioso... Un amante había recibido de ella y le había dado esa inefable dicha del éxtasis compartido, tan divina en los brazos de tal criatura, que ese amante no había podido olvidarla y permanecía herido por ella de una incurable nostalgia...

Ante aquella idea un estremecimiento de repulsión hizo vibrar á Andiguier por entero. Ahora se explicaba aquel fenómeno de atracción y de antipatía simultáneas que había experimentado al ver por primera vez á Malclerc. Un presentimiento de su corazón le había advertido. Había sufrido la atracción de algo de Antonieta adivinada en aquel desconocido, y la repulsión intuitiva de la odiosa verdad. Muy odiosa, en efecto; tanto, que la preocupación de la suerte de Evelina, comprometida en aquel matrimonio monstruoso con el amante de su madre, se borraba en él completamente. Aquel ferviente, aquel adicto Felipe de Andiguier, á quien trastornaba aquella mañana el pensar tan sólo en que había una desgracia suspendida sobre la cabeza de Evelina, no iba á tener por algunas horas más que el inútil y torturador cuidado de sumergir su espíritu en el pasado, para buscar en él indicios que no había visto entonces...

Recordaba que, en cierta época, Antonieta había cambiado las horas de recibirle pretextando un consejo del médico, que le había recomendado dar paseos á pie. ¡Y él lo había creído!.. Se volvía á ver cuando su último viaje á Italia insistiendo para que Antonieta le acompañase y rehusando ella «á causa de su hija,» según decía. ¡Y él lo creyó y hasta se felicitó de que su amada fuese buena madre!..

Veinte episodios como aquellos acudían á su mente, todos igualmente humillantes para su perspicacia, hasta el último, aquel legado de las cartas que le pedía que quemase... La escena resucitó en su memoria con el relieve de la realidad. Estaba allí, en aquella misma pieza, al lado de la misma chimenea, y tenía en la mano el sobre de cuero blanco defendido solamente por unas cintas. El aspecto de los objetos á su alrededor no había cambiado: los dos grandes tapices florentinos, copiados de Filippino Lippi, presentaban sus personajes en el fondo de la tranquila sala entonces como hoy. Hoy como entonces las pinturas de las cartas del *tarot* destacaban sus preciosos colores sobre el fondo sombrío del fascistol; la princesa pintada por Pisanello sobresalía, como una miniatura, en un paisaje de montañas azules y aguas claras; las estatuillas de oro se erguían en los brazos y en el pedestal del alto crucifijo de Verrocchio.

Entonces como hoy todos los objetos del museo rodeaban á su dueño y le invitaban á olvidar la vida y sus miserias en la serenidad contemplativa de arte. Entonces, en aquel minuto de supremas vacilaciones ante las cartas de Antonieta, no había tenido ni un pensamiento para sus artísticas maravillas. Hoy, para exorcizar el fantasma de la muerta, se puso, por el contrario, á mirar aquellas cartas pintadas, aquellos cuadros, aquellas esculturas, aquellos mosaicos, todas aquellas cosas insensibles y mudas, pero que nunca le habían engañado ni dádole sino alegrías... Y apartando con la mano las hojas esparcidas del cruel diario que acababa de desgarrarle el corazón, lanzó en alta voz este grito de rebelión contra su fe de tantos años:

— Todo mentía, excepto esto...

En aquel momento sus ojos encontraron el cuadro de que Malclerc hablaba en su confesión, aquella Santa Clara vestida de franciscana, con los pies desnudos y el corazón en la mano. La frase de Antonieta á su amado: «Así quisiera tener mi retrato hecho por ti,» acudió de repente á la memoria del anciano; y en seguida esta otra escrita por el mismo Malclerc: «Era verdaderamente el corazón de mi pobre Antonieta el que ardía en la mano de la santa...»

Y la idea de que aquella pintura les había servido á los dos de prenda de amor, de que ambos la ha-

bían mirado con las mismas emociones, se la hizo de pronto físicamente intolerable. Fué hacia ella como hubiera ido hacia un rival, y con mano temblorosa de cólera, la arrancó más que la descolgó de la pared, y viéndolo un arcón cerca, levantó la tapa y arrojó en él el precioso cuadro con un ademán que le hubiera hecho pasar por loco á los ojos de los coleccionadores del mundo entero, si le hubieran visto coger con aquella brutalidad de iconoclasta una obra maestra que empezaba á cuartearse y cuyos frágiles colores se borraban ya...

Aquel hombre tan reservado de ordinario, tan digno y cuya vida se había deslizado entera entre los ademanes circunspectos de los aficionados al arte, volvió al dominio de sí mismo por la misma puerilidad impulsiva de aquella acción poco razonable. Se pasó las manos por los ojos y movió muchas veces la blanca cabeza como para decir no y no á aquella cólera que acababa de degradarle. Se acercó de nuevo á la mesa en que había dejado las hojas del diario de Malclerc, las reunió, y con la frente entre las manos volvió á leerlas en una especie de ensueño que no tenía nada de común con su arrebatado de hacía un momento.

Era que, en aquel instante, la gracia de Antonieta volvía á ser para él tan viva y tan actual, que sufría de nuevo su encanto. Estaba allí y le sonreía con aquella sonrisa tan suya, aquella sonrisa de niña, siempre impregnada de un poco de melancolía; con aquel hoyuelo, á la izquierda, cerca de la comisura de la boca. ¡Cómo había sentido Malclerc la gracia amarga de aquella sonrisa! ¡Cómo el anciano volvía á encontrar en aquellas confidencias del amante el recuerdo que él guardaba de las pupilas de la muerta! Aquellas pupilas azules á la vez tan dulces y tan impenetrables se abrían de nuevo y le miraban. También á él le había hablado con aquella voz que parecía venir de lo más profundo de su alma...

Por muy diferentes que fuesen los dos hombres, la impresión de su común amiga había tenido esas analogías profundas que hacen mezclarse una invencible simpatía á ciertas rivalidades de amor. Y la imagen de Antonieta, evocada por la pasión de otro, se avivó más y más en Andiguier. Y la cálida fuente de su ternura se puso á brotar de nuevo en aquel corazón de sesenta años, como si la pérfida hubiese entrado realmente en el cuarto.

¡Pérfida! ¿Tenía derecho á llamarla así? ¿Qué promesa le había hecho que no hubiera cumplido? ¿Qué derecho le había dado que le quitase después? Si le había callado el sentimiento que experimentaba por Malclerc, ¿no era porque sabía que su viejo amigo la amaba con un afecto más apasionado que el de la amistad, y quería evitarle un sufrimiento? Había obrado con él como con su hija. Reflexiva y delicada, quiso evitarles al uno y á la otra complicaciones peligrosas.

Su silencio no era hipocresía ni desconfianza, sino respeto á los derechos adquiridos y miramientos para con una ternura demasiado sensible. ¿No había tenido de ello la prueba Andiguier en aquella misión de que le había encargado para después de muerta? Aquellas cartas confiadas tan lealmente á su fidelidad, sin ninguna explicación ni más salvaguardia que un deseo, ¿no eran la confesión de que tenía secretos y una súplica de que no tratase de saberlos? ¿Cómo reprochar su doble vida, cuando le había puesto el misterio entre las manos con una sencillez que acusaba tanta estimación y tanta amistad.

La parte de su corazón que Antonieta le había dedicado no era ciertamente la más grande, pero había sido muy suya. Cuando la encontró en la orilla del lago de Como antes de casarse con Duvernay, ¿qué había querido y esperado? Que le permitiera dedicarse á ella, protegerla y amarla. ¿Y no había ella aceptado esa protección hasta el fin? ¿No había escogido su adhesión para apelar á ella hasta en la muerte? ¿No le había dado un supremo testimonio de que creía en la infinita delicadeza de su amor? Y ante la evidencia de que si no lo había sido todo en la vida de aquella mujer, había sido al menos algo muy verdadero, muy íntimo y muy excepcional, se apoderó de él otra vez el remordimiento de su cólera y corrieron las lágrimas por los surcos de sus mejillas, mientras que ocultando la cara entre las manos, exclamaba en voz alta, dirigiéndose esta vez al fantasma de la muerta:

— ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

En esa violenta sacudida de enternecimiento, volvió á apoderarse de aquel hombre generoso el sentido de la realidad. ¿En qué y en quién acababa de pensar en cuanto Evelina salió de su casa y él se puso á leer el diario de Malclerc? En su propia historia, en él, sólo en él. ¿Qué le había preocupado? El haber sido engañado por Antonieta.

(Continuará)

MÉJICO

FERROCARRIL DE MÉJICO Á CUERNAVACA
Y EL PACÍFICO, Ó EL GRAN PACÍFICO

Con gran pompa y con asistencia del presidente de la República D. Porfirio Díaz, se ha inaugurado recientemente en Méjico la primera sección del ferrocarril denominado del Pacífico, que atravesando la región central ha de poner en comunicación el golfo de Méjico con el Gran Océano, abriendo así al tráfico universal los estados mejicanos occidentales. Tiene además esta línea férrea una gran importancia estratégica.

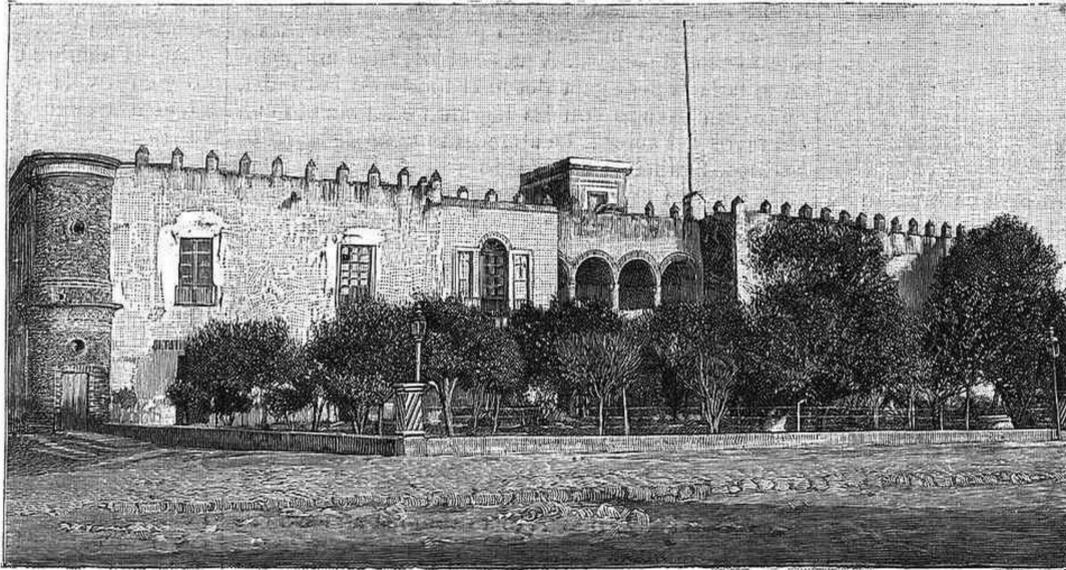
Este ferrocarril tendrá 500 kilómetros de longitud y atravesará los estados Morelos y Guerrero, en donde abundan las minas de oro y de cobre y se producen con prodigiosa exuberancia los más preciosos frutos de los trópicos. Su construcción, á cargo del reputado constructor norteamericano J. H. Hampson, se lleva á cabo con gran actividad y en varios puntos del trazado á la vez, siendo de esperar que, á pesar de las grandes dificultades técnicas, quedará terminada dentro de tres años. En la actualidad se explota ya un trozo de 300 kilómetros, desde Méjico hasta Río Balsas.

Al salir de la capital recorre el tren, trazando innumerables curvas, el valle de Méjico, de 42 millas de largo por 30 de ancho, cercado de altísimas cordilleras en donde se encuentran los volcanes de Popocatepetl é Ixtaccihualt, situados á una altura de 5.400 metros y eternamente cubiertos de nieve; á ambos lados de la vía extiéndense fértiles maizales, verdes praderas, huertas bien cultivadas y grandes plantaciones de maguey ó agave mejicana, de la que se extrae la bebida nacional llamada pulque.

Miserables chozas de indios y edificios de adobes alternan allí con las magníficas quintas y haciendas; á la izquierda se distinguen los muros del palacio de Chapultepec, hoy academia militar, y algo después se pasa por Tacubaya, alegre población compuesta

de hermosas villas. El tren asciende serpenteando por las montañas que cercan el valle, y á medida que sube aumenta la grandiosidad del panorama que desde él descubre el viajero; cerca de la estación Contreras se detiene en medio de un bosque de árboles frutales y de olorosas flores; poco después corre junto á profundos precipicios, y desde aquella altura que da vértigo el valle de Méjico parece un inmenso jar-

de comunicaciones entre la capital de Méjico y aquellos territorios del interior tan ricos y tan bellos al mismo tiempo, contribuirá poderosamente al desarrollo de aquellas fértiles y pintorescas regiones, llevando á ellas, no sólo turistas atraídos por la fama de tantas maravillas, sino que también capitalistas y trabajadores extranjeros, especuladores y colonos, que acudirán allí en gran número en busca de la felicidad y de la fortuna. — S.



PALACIO DE CORTÉS EN CUERNAVACA, en el ferrocarril del Gran Pacífico

dín y ofrece un aspecto maravilloso que no presenta contemplado desde ninguna otra de las líneas férreas que de la capital arrancan. El tren alcanza en la estación de Tres Marías una altitud de 3.200 metros, la máxima de todo el recorrido, para descender luego á 1.720, á que está situada la estación de Cuernavaca, capital del estado de Morelos. El clima allí es subtropical y la naturaleza ha adornado aquellos territorios con sus mejores galas poblándolos de grandes plantaciones de caña de azúcar, de naranjos y de palmeras y de las flores más preciosas que prosperan durante todo el año. Por sus condiciones excepcionales Cuernavaca fué elegida como residencia de invierno por el propio Hernán Cortés y posteriormente por el infortunado emperador Maximiliano; allí se ven todavía el palacio y el jardín predilecto de la emperatriz Carlota.

El ferrocarril del Gran Pacífico, al facilitar las co-

por las detonaciones son las que obran sobre las nubes cargadas de granizo; pero esta explicación parece poco fundada, si se tiene en cuenta que las tempestades van á menudo acompañadas de truenos y que la conmoción que éstos determinan en las capas atmosféricas es bastante más poderosa que la que pueden determinar los cañones más potentes, á pesar de lo cual no se evita el pedrisco. Otros opinan que la acción de los cañones debe ser atribuida á una proyección de aire, y los experimentos realizados en el laboratorio de la estación vitícola de Villefranche (departamento del Ródano) por M. Vermorel parecen dar un carácter más verosímil á esta teoría: estos experimentos han demostrado que cuando se hace el disparo se escapa del cañón un anillo de aire ó toro, animado de un movimiento giratorio, que obra como verdadero proyectil y puede causar una perturbación en las nubes, produciendo en ellas una

CAÑÓN CONTRA EL GRANIZO

Desde que en 1896 un austriaco concibió la idea de alejar las tormentas á cañonazos, esta práctica se ha generalizado en muchos países, y en todos ellos con excelentes resultados, produciéndose una verdadera revolución, no sólo entre los agricultores, sino que también entre los hombres de ciencia que en un principio habían acogido con cierta incredulidad este medio de defensa contra el granizo.

Varias son las versiones que se han dado para explicar el fenómeno que con tal procedimiento se produce. Pretenden unos que las vibraciones sonoras originadas



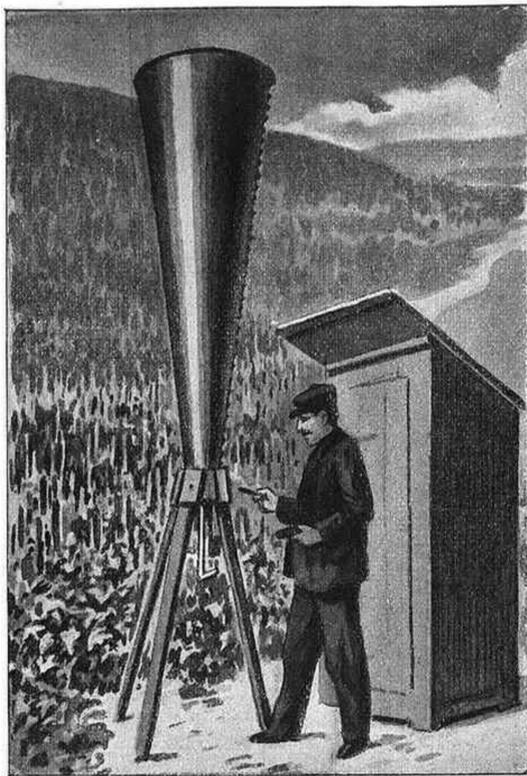
ESTACIÓN DE TRES MARÍAS, en el ferrocarril del Gran Pacífico (3.200 metros sobre el nivel del mar)

condensación y modificando el estado eléctrico inestable de las partículas que lo componen.

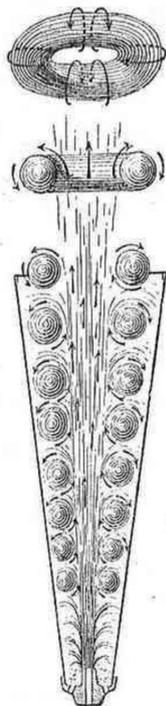
Mas como todavía no ha podido determinarse la verdadera teoría de la formación del granizo, de aquí la dificultad de encontrar la explicación lógica del procedimiento de los cañones para destruirlo. A bien que en la práctica esta cuestión es secundaria, pues lo interesante es que los buenos efectos del sistema son indiscutibles; y tanto es así, que cada día aumenta el número de estaciones, habiéndose instalado en Italia sólo en el año 1900 más de 10.000 aparatos. En Austria están también muy generalizados estos cañones, que empiezan asimismo á usarse en Francia, Bélgica y Alemania.

En España, por razones que no es del caso exponer en este lugar, casi nada se ha hecho hasta ahora para implantar los cañones granicífugos: la primera estación se instalará en breve en el pueblo de Pla del Panadés, situado en el centro de una de las más importantes comarcas de Cataluña, y se deberá puramente á la iniciativa particular de algunos propietarios que para tal objeto se han asociado, sin esperar auxilios ni subvenciones del Estado, de la provincia, ni del municipio.

Los cañones granicífugos constan de cuatro partes: 1.ª, un sustentáculo formado por un trípode ó simplemente por un tronco de árbol; 2.ª, una cámara de ex-



CAÑÓN CONTRA EL GRANIZO



FORMACIÓN DEL TORO

Uno de estos aparatos se exhibe en la Exposición monográfica del tubérculo la patata que actualmente se celebra en Barcelona

plación, consistente, bien en un mortero destinado á contener la pólvora que se inflama por medio de una mecha ó de un fulminante, bien en una culata móvil en donde se introduce un cartucho cuya explosión se determina mediante un percutor; 3.ª, una chimenea de escape de los gases inmediata á la cámara de explosión y cuya longitud varía, según los tipos, de 0'20 á 0'30 metros; 4.ª, un pabellón de hierro laminado fuerte, en el que se forma y se desarrolla el toro proyectado contra las nubes y de 2 á 4 metros de longitud, según el alcance que tengan los cañones.

Un cañón puede proteger una zona de 25 hectáreas, pero uno solo no tiene, al parecer, gran eficacia; así es que cuando se quiere defender un terreno, es preciso dividirlo en circunferencias ó cuadrados de 25 hectáreas cada uno y colocar un cañón en el centro de cada sector. Según las conclusiones del congreso de Padua, los disparos han de empezar cuando las nubes están cerca del cenit y cuando la tormenta parece avanzar con más rapidez, comenzando por un disparo cada minuto, acelerando el tiro á medida que la tempestad se acerca, sin que nunca exceda de tres disparos por minuto, y disminuyéndolos cuando empieza á llover, si bien continuándolos á razón de uno ó dos por minuto mientras la lluvia caiga con cierta violencia. Cuando la lluvia disminuya sensiblemente, cesarán los disparos. - X.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165 -
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
G rageas al Lactato de Hierro de G GELIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ca} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Frasco 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^{ie} B^o St-Denis 18

HARINA lacteada NESTLÉ
 Proveedor de la Real Casa
 26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero
HIERRO QUEVENNE
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

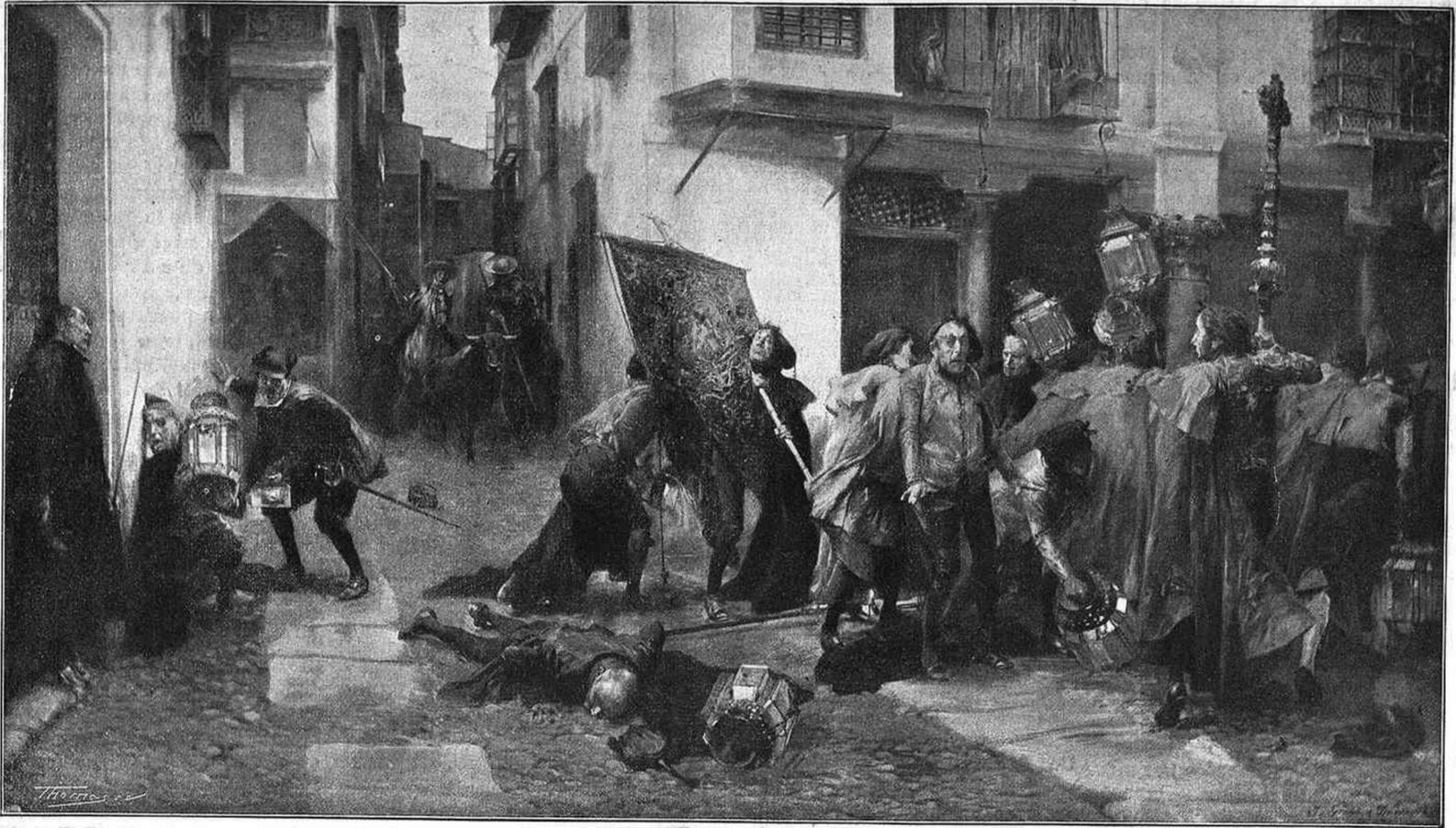
Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



¡HERMANOS, SÁVESE QUIEN PUEDA!, cuadro de J. García Ramos, premiado con segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA VINO CLOROSIS
VINO AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con **PEPTONA**
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO NOURRY
 ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO
 Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.
 CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

CREMA Y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
 DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN